

HUIDA AL INFINITO

PETER KAPRA

Una serie de plataformas de quinientos metros en cuadro
(250 000
metros cuadrados), superpuestas y unidas entre sí por un gigantesco tubo de mil quinientos metros de altura, formaban aquella osada obra de la ingeniería arquitectónica del siglo XXIII.

En la cima del Castillo de Naipes, en una serie de dependencias particulares y oficiales, habitaba algo que ahora podemos llamar una reina, y que no era más ni menos que una mujer.

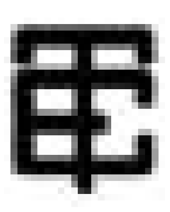
Pero una mujer de un metro setenta de estatura, cuerpo modelado por un especialista en cirugía estética, rostro de máscara hechicera, busto de diosa… ¡Y cerebro de computador electrónico!



Peter Kapra

Huida al infinito

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 331



ePub r1.0
LDS 21.12.19

Título original: *Huida al infinito*
Peter Kapra, 1964
Cubierta: Miguel García
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



En la escala de lo cósmico, sólo lo fantástico tiene probabilidades de ser verdadero.
Teilhard de Chardin

HUIDA AL INFINITO

CAPÍTULO PRIMERO

n la plataforma antigravitacional de la *Draining Corporation Mediterranean’s*, elevada a diez metros sobre las calmadas aguas del mar Líbico, se extendía, en una superficie de veinte kilómetros cuadrados, la población más insólita que habían conocido los siglos. Y en el centro de aquella metrópoli inverosímil se elevaba al cielo, majestuosamente, desafiando toda ley de gravedad, el Castillo de Naipes.

Una serie de plataformas de quinientos metros en cuadro (250 000 metros cuadrados), superpuestas y unidas entre sí por un gigantesco tubo de mil quinientos metros de altura, formaban aquella osada obra de la ingeniería arquitectónica del siglo XXIII.

En la cima del Castillo de Naipes, en una serie de dependencias particulares y oficiales, habitaba algo que ahora podemos llamar

una reina, y que no era más ni menos que una mujer.

Pero una mujer de un metro setenta de estatura, cuerpo modelado por un especialista en cirugía estética, rostro de máscara hechicera, busto de diosa… ¡Y cerebro de computador electrónico!

Era Zobia Kloofs, que ya es decir.

¡Zobia Kloofs!

Su nombre abría todas las puertas de la Unión Universal de Naciones. Un gesto suyo, ante las invisibles cámaras 3D de la Visiotelefonía, podía significar el hundimiento de una Comisión de Gobierno, tanto en la Tierra como en cualquier planeta del Sistema, y una palabra suya ponía en movimiento legiones de trabajadores y robots. Sin exagerar, podía calcularse el capital de la *Draining Corporation Mediterranean's* en cien mil billones de francos-oro.

Un franco-oro permitía a un hombre mantener una familia, poseer autobólido, chalet de dos pisos y dos robots domésticos. Era el promedio mensual de ingresos de un empleado corriente. Bien es verdad que, afortunadamente, y para que el universo siguiera su evolución progresiva, había hombres que percibían medio franco-oro mensual, y quien ganaba al día diez mil francos-oro.

Zobia Kloofs no sabía siquiera cuanto ganaba cada día.

Ni le importaba. Todo su capital estaba en juego constantemente y sus inversiones en las empresas más insospechadas eran una garantía para los economistas de todo el Sistema.

Zobia Kloofs, por otra parte, era ingeniero. Ella había construido el doble puente sobre el Atlántico, una obra inmortal y de la que se admiraban los mundos, el gran túnel de los Andes y la gran metrópoli sumergida del Polo Norte.

Bueno, ella exactamente no; pero sí financió las obras. Y su vasto equipo de ingenieros las diseñaron.

Para terminar la descripción profesional de Zobia Kloofs, baste decir que diez millones de hombres trabajaban a sus órdenes, cifra de empleados jamás superada por empresa alguna, amén de seis millones de robots mecánicos.

Ella también era como uno de sus hombres-máquina.

Viuda de Shiko Kloofs a los veinticinco años, en poco menos de seis años había levantado aquel ingente imperio. Y todo lo hizo ella,

porque él sólo aportó un reducido capital, un nombre honesto y un cerebro enfermo, minado por un cáncer prematuro.

Había quien decía que Zobia se casó por el interés, que había salido de la nada. Sin embargo, Zobia era un genio. Estudió en la Universidad de Calcuta y a los dieciséis años ya había conseguido el título de doctora.

¡Era un caso asombroso!

Y también era verdad que utilizó a Shiko Kloofs como trampolín para llegar a lo que era. Pero fue por acuerdo tácito de los dos, y sin que mediara nunca entre ellos, en los cinco años que vivieron juntos, el menor contacto matrimonial.

No hizo Zobia mal uso del nombre de su marido, y mucho menos de su pequeña fortuna, la cual centuplicó en poco tiempo. Luego, él murió, y, como si tal cosa. Zobia Kloofs siguió trabajando por el progreso… y el dinero, jamás se había fijado en ningún hombre. Hasta que…

* * *

—Ingeniero Harmo, tenía usted un plazo de seis meses para canalizar la desembocadura del Nilo. —En la pantalla fonovisora, el rostro de Zobia Kloofs parecía una máscara de hierro policromado. Sus ojos acerados miraban fijamente al aturdido Harmo—. ¡Hoy se cumple el plazo!

—Se han producido algunos inconvenientes, señora Kloofs —empezó a decir Harmo, agitándose, inquieto.

Detrás de Harmo, en la pantalla visora, Zobia podía ver una panorámica de El Cairo, lugar donde se encontraba el ingeniero en apuros.

—No quiero disculpas. Queda destituido. Quiero hombres competentes en mi organización. Entregue el puesto a…

Zobia pulsó un botón del tablero que tenía sobre su mesa y una chapa metálica, con guarismos e inscripciones, surgió de una ranura, subiendo hacia donde ella había puesto su mano larga y afilada.

Harmo había palidecido mortalmente.

—A Nkanzi Kota —terminó Zobia.

Un golpe de pulsador y la pantalla fonovisora se apagó. Ésta se

hallaba frente a Zobia, en el muro de cristal que tenía delante de la mesa de trabajo, y era de grandes proporciones, como de unos tres metros por cinco, de forma que las imágenes que aparecían en ella, de una nitidez sumamente perfecta, eran casi descomunales.

Otro golpe rápido al pulsador, y un panel del muro se descorrió, para dar paso a una muchacha de cabellos verdes y ojos negros. Una deliciosa mujer llamada Ida Farrin, que poseía el don de ser la secretaria perfecta de una mujer como Zobia Kloofs.

—Ida, el ingeniero Harmo ha quedado destituido. Nkanzi Kota ocupará su puesto hoy mismo.

—Sí, señora.

Ida iba descalza, como todo el mundo en la metrópoli de la
Draining Corporation
Mediterranean's

,
o. M. D. C.
Poseía una cintura estrecha, seno generoso y cuello de esfinge. Su rostro era natural, no como el de Zobia, y de belleza helénica.

Anotó algo en un bloc de finas hojas de plástico, utilizando una estilográfica iónica de escritura indeleble, mientras Zobia preguntaba:

—Nkanzi Kota fue el que dragó y desecó el Mar Negro, ¿verdad?

—Sí. Actualmente prepara la base de cohetes espaciales de la Unión Oriental. Un joven muy competente. Lleva un año trabajando para nosotros.

Algo debió de captar Zobia en el rostro de Ida, pues arqueó las cejas e indagó:

—¿Y qué más?

—Es muy guapo. Su grupo etnológico es ario-latino.

—¡Vaya, vaya! ¿Habré de buscarme otra secretaria?

Ida se sonrojó visiblemente.

—No, señora Kloofs. Era un comentario sin importancia…

—Bien, retírate. Mándame a «Brito-G». Trabajaré en el cálculo
23-Z-9
… Los técnicos del Departamento Higrométrico son unas mulas. Se han hecho construir un nuevo cerebro computador y no saben cómo manejarlo. Quiero que reciban los resultados definitivos esta misma noche.

—No debería usted trabajar tanto, señora Kloofs. Es…

—¡Y tú no deberías pensar tanto en esa raza de esclavos que son los hombres! —exclamó Zobia—. Si sigues así, te vas a ver como Harmo.

Ida palideció. De sobra sabía cuál era el significado de una destitución en la

M. D. C.

¡El hundimiento o la hibernación por algunos años!

Ida se retiró a su amplio despacho, donde trabajaban veinte estenógrafas, todas ellas modelos de escultura femenina, unas naturales y otras estéticas. Y al ver la cara que traía Ida, todas bajaron la cabeza y se dedicaron a sus respectivos trabajos, muy afanosas.

Las máquinas de impresión fotoelectrónicas zumbaban suavemente, movidas por los delicados dedos de aquellas muchachas. Al otro lado de un panel de cristal, treinta mesas, con aparatos registradores, estaban ocupadas por otros tantos robots tipo «Calcul-H1», las modernas máquinas humanoides más completas de las construidas por el hombre.

—«Brito-G». —Ida habló por un micrófono del intercomunicador instalado en su mesa—, al despacho de la señora Kloofs.

Ida cerró el intercomunicador y se sentó en el reclinable.

—Gabriela —dijo luego, volviéndose a la mesa contigua, ante la que había una muchacha de cabellos rojo fuego, que levantó en el acto su rostro perturbador—, el ingeniero Harmo ha sido destituido.

—¡Oh! —exclamó Gabriela. E, inmediatamente, accionó una serie de conmutadores.

Ida siguió diciendo:

—El ingeniero Nkanzi Kota ocupará la oficina de El Cairo… Hoy mismo.

Después, todo siguió con el ritmo y el silencio habitual. Las muchachas y los robots trabajaron hasta las tres. En aquel mismo instante, se abrieron los paneles de acceso y llegó el relevo de muchachas, una plantilla de beldades, cualquiera de las cuales habría hecho las delicias del hombre más exigente. En silencio, unas se levantaron y otras ocuparon sus puestos. Sólo Ida permaneció ante su mesa, haciendo anotaciones en su bloc de hojas de plástico. Sus dedos movían la pluma iónica con movimientos elegantes.

Pero su cerebro no estaba en lo que hacía. Estaba absorta. No era la primera vez que el carácter agrio de Zobia Kloofs la mortificaba. ¿Qué culpa tenía ella de que Zobia fuese un ente híbrido? Muchas veces, Ida se había preguntado si su jefe tenía corazón o sólo era «todo-cerebro», porque de su capacidad de trabajo no tenía la menor duda. De no ser así, Zobia no ocuparía tan alto puesto.

Ida esperaba algo. No quiso marcharse a su domicilio, en la Punta Noroeste, donde incluso tenía un jardín artificial. Zobia Kloofs no la llamaría ya. Pero ella prefirió esperar.

Y media hora después de las tres llegó la noticia. La pantalla de su fonovisor 3D se iluminó de repente. Otra mujer, de rasgos orientales y singular belleza, apareció en la imagen.

—Señorita Farrin, el ingeniero Harmo se ha suicidado.

—Lo temía —respondió Ida.

—¿Debe saberlo la señora Kloofs?

—En circunstancias normales, no debo decírselo. Pero, en este caso, tengo especial interés en que lo sepa. ¿Sabe usted, Shizu, cuándo terminaba la canalización de la desembocadura del Nilo?

—Debía terminar hoy. Pero algunos fallos técnicos la han demorado hasta dentro de tres días.

—¡Dios mío! ¡La vida de un ser humano por tres días de demora! ¡Esto es horrible!

—Lo siento, señorita Farrin. ¿Algo más?

—No, nada. Gracias —replicó Ida con aire ausente.

La pantalla se apagó. Ida pulsó entonces otro botón y anunció con marcada intención:

—Señora Kloofs, el ingeniero Harmo ha muerto.

—Muy bien. Enterada… No digo que me alegro, pero es mejor así. Se habría creado una situación desagradable para él —respondió la voz fría e impersonal de Zobia Kloofs a través del intercomunicador.

Casi con asco, Ida cerró el contacto y se puso en pie. Pero, al instante, la pantalla fonovisora se iluminó y el bello semblante de Zobia apareció en él, con un gesto adusto en él.

—¿Por qué has cortado tan pronto, Ida?, ¿y por qué te has quedado? ¿Para decirme esto?

—¡Sí! —replicó Ida impulsivamente.

Los ojos acerados de Zobia Kloofs se agrandaron, asombrados.

—¡Ven aquí, Ida!

Aún no había desaparecido la imagen de la ingeniero-jefe cuando ya Ida se dirigía hacia el muro de cristal opaco, en el que no parecía existir puerta alguna. Sin embargo, al acercarse a él, se descorrió silenciosamente un panel y la emotiva secretaria volvió a verse frente a su superiora.

—Acércate, Ida.

Junto a la mesa de Zobia, sentado en un reclinable invisible, había un robot metálico, de estructura humanoide, que manejaba un complicado aparato electrónico.

Ida se acercó. Sus ojos negros parecían despedir llamas.

—¿A qué viene eso, Ida?

—Tengo corazón, sentimientos, creo en Dios y espero morir en paz algún día, señora Kloofs.

—También tienes un buen cerebro —replicó Zobia, en tono hiriente—. De no ser por él, no estarías aquí, ganando mil francos-oro al mes… ¡Más de lo que gana el mismo Hans Hoppner! ¿Qué quieres demostrarme? ¿Que siendo humanitaria y comprensiva se pueden manejar a diez millones de hombres? ¡Ni lo sueñes! ¡Y no hago contigo igual que con Harmo porque te necesito!

—¡Pues yo pienso dimitir! —gritó Ida, exaltada, todo fuego y pasión.

Zobia se puso en pie bruscamente. Gritó:

—¿Y dónde vas a ir?

—Me iré a Plutón, o a los confines de la galaxia. ¡En cualquier parte estaré mejor que a su lado! ¡Hiena!

Zobia Kloofs no alteró ni un músculo de su exótico y hechicero semblante al recibir el insulto, al cual, en honor a la verdad, no estaba acostumbrada. Pero también era cierto que ella no se dejaba llevar nunca por la pasión. Su tono de voz siguió siendo frío al decir:

—No acepto tu dimisión. Y, si te niegas a ocupar tu puesto, serás, arrestada.

—¡Me sobran francos-oro para pagar mi fianza! —chilló Ida, casi histérica.

—Cálmese, señorita Farrin —habló «Brito-G» con su voz metálica e impersonal—. Está usted muy excitada.

—Hasta «Brito-G» ha captado tu exceso de emoción. Vete a casa y serénate, Ida. Mañana, a las nueve, ocuparás tu puesto… ¡Ay de ti si no lo haces! —Esta advertencia fue dicha en un tono más alto, con un atisbo de apasionamiento que dejó sorprendida a la secretaria modélica—. Ahora vete.

* * *

Al pie de la ingente mole de la torre, al salir de uno de los ascensores neumáticos, Ida Farrin vio a un hombre joven y alto, de ojos azulados y vestido con una toga verde, muy ajustada, que remarcaba su magnífica musculatura, al que sujetaban dos robots de la vigilancia.

Le reconoció en el acto, por las fotos que había visto de él.

—¡Ingeniero Nkanzi Kota!… ¿Qué le ocurre?

—¿Me conoce usted, señorita? —preguntó él, intentando zafarse de las tenazas metálicas de los dos vigilantes de acero.

—Soltadle… ¿Qué hace usted aquí? Le suponía ya en El Cairo. ¿Le parezco muy enterada? —Ida sonrió con una gracia que habría hecho palidecer de envidia a una actriz—. Mi nombre es Ida Farrin.

Los dos robots habían soltado a Nkanzi, quien se estaba arreglando la toga, a la vez que se pasaba la mano por sus cabellos de bronce bruñido.

—Gracias… He sido un necio. Nada menos que deseaba ver a la Poderosa.

Ida soltó una carcajada argentina.

—¿La Poderosa la llaman ustedes?… ¿Y para qué quiere verla? ¿No le han confiado una misión?

—¿Pero es que aquí, en la M. D. C., no se consulta con los interesados cuando se hace un cambio? ¿Sabe usted que el ingeniero Harmo, uno de mis mejores amigos, ha muerto?

Ida bajó su mirada y se puso a contemplarse las uñas pintadas de color caoba, un tanto azorada:

—Sí, lo sé. Y lo lamento… Creo que debió ir a hibernación.

—¡Sé que ha tenido una demora de tres días! —dijo Nkanzi con vehemencia—. ¿Es eso motivo para destituirle?

—Óigame, ingeniero Nkanzi Kota. ¿Quiere un buen consejo? No intente ver a… ¿Cómo ha dicho?… ¡Ah, sí, la Poderosa! ¡Le cae muy bien! No intente verla y vuele cuanto antes a El Cairo.

—¡No pienso ocupar ese puesto! —exclamó él con firmeza.

Ella le miró unos segundos con gravedad y luego habló, tomándole del brazo con familiaridad. (En el siglo XXIII, ningún hombre habría rehusado ser tomado del brazo por una muchacha de veinticinco años como Ida, a menos que vistiera de negro como una mujer casada).

Y la señorita Farrin vestía una túnica ajustada, color violeta iridisado —tejido de finas hebras de acero flexible, lo que le daba una apariencia de mujer adinerada y distinguida—, como lucían muy pocas mujeres en Kloofs City, y mucho menos en la Unión Política Europea.

—Venga usted a mi chalet. Le invito a cenar. Hablaremos… ¡Me gusta usted mucho, Nkanzi Kota!

Él sonrió de un modo forzado.

—No esperaba el honor…

—No es un honor, hombre. Será un placer. Acabo de tener una entrevista tormentosa con la Poderosa Dama y necesito distraerme… ¿Quiere venir? ¡Se lo suplico!

—No puedo negarme… ¿Te llamas Ida?

Ella asintió. Se puso de puntillas y le besó en los labios. Luego, sonriendo y cogidos del brazo, se dirigieron por la cinta metálica móvil que formaba la calzada general de salida del Castillo de Naipes, hacia donde estaba el aparcamiento de autobólidos.

Se detuvieron ante un magnífico vehículo verde manzana, descapotable.

—Bonito —dijo Nkanzi, admirado—. Yo tengo un heliodisco utilitario.

—Antes de sentarte a mi lado, Nkanzi Kota, dime una cosa. ¿Estás enamorado de alguna mujer?

—Sí —respondió él, muy serio.

—¿De quién? —preguntó.

—De ti, Ida.

El rostro de ella pareció transformarse radicalmente. Le echó los brazos al cuello y le besó con fuerza. La gente que pasaba arriba y abajo de las cintas metálicas móviles ni se fijaron en ellos. ¡Era tan

normal que un hombre y una mujer se besaran!

Un instante después, el autobólido de Ida Farrin se remontaba al cielo, esquivando algunos edificios altos, para detenerse un minuto y medio más tarde en el liso tejado de una casa de cristal verde que se alzaba casi en el mismo extremo de la plataforma antigravitacional. Abajo, el mar se extendía suavemente, perdiéndose en el lejano horizonte por donde pronto iba a ocultarse el sol artificial que iluminaba la Tierra durante la noche.

—¿Vives aquí, Ida? ¿Sola? —Y como ella asintiera con un gentil movimiento de cabeza, mientras cerraba el contacto, él agregó—: ¡Te felicito! Esto debe de valer mucho dinero.

—Puedo pagarlo… Pero tranquilízate, quizá mañana lo haya perdido todo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me uno a ti… ¡Juntos, desafiaremos a la mujer más poderosa de la Unión Universal de Naciones!… ¡No, no digas nada!

El suelo pareció abrirse bajo sus pies cuando descendieron del autobólido y subieron a una plataforma circular que los condujo basta el interior de la lujosa y exótica vivienda de la muchacha.

—Sólo me queda preguntarte otra cosa, querido.

—Dime.

—¿Me harás feliz ésta, quizá, mi última noche de vida?

—Sí, mi cielo —replicó él, abrazándola por el talle y atrayéndola hacia su fuerte pecho—. ¡Te haré muy feliz, mi vida!

CAPÍTULO II



las nueve y un minuto en punto de la mañana siguiente, con una expresión inescrutable, Zobia Kloofs efectuó una llamada por el intercomunicador.

—Gabriela —dijo—, ocupa el puesto de Ida Farrin.

—Pe… ro… ¿Yo, señora Kloofs?

—Sí, tú. Sé que no tienes el talento de ella, pero te doy dos semanas para ponerte al corriente. Ahora, ponme en comunicación con el Presidente de la Unión Política Europea.

—Sí, señora.

Gabriela Asweir ocupó la mesa que hasta el día anterior había pertenecido a Ida Farrin. Se sentó en el reclinable con cierta zozobra. Una emoción extraña la dominaba. Aquel puesto valía mil francos-oro al mes.

¡El triple de lo que ella percibía!

¿Qué había sucedido con Ida? Durante aquella noche no hizo más que pensar. Algo había captado el día anterior.

«¡Pobre Ida!», se dijo.

Luego, se concentró intensamente en su trabajo, para no cometer ningún error. Debía llamar al Presidente. Y lo hizo de un modo maquinal, pulsando un conmutador negro que le ponía en contacto directo con Berlín.

—La señora Zobia Kloofs desea hablar con «*Herr*» Hans Hoppner —dijo al robot que apareció en la pantalla visora de su comunicador.

—Lo siento. En este momento celebra una conferencia con la Comisión de Gobierno.

—¡Pues que la deje! —apremió Gabriela, adaptándose inmediatamente al puesto de Ida Farrin—. La señora Kloofs no puede esperar.

El robot articuló unos sonidos incoherentes y su imagen desapareció en el acto, siendo sustituida por un hombre de rasgos casi tan impersonales como los de la máquina electrónica.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Gabriela Asweir, la nueva secretaria de la señora Kloofs.

—¿Qué ha sido de Ida Farrin? —siguió preguntando el hombre, imperturbable.

—Lo ignoro. Por favor, póngame en comunicación con el Presidente.

—Aguarde, lo intentaré.

La imagen del hombre se borró de la pantalla catódica y, en el acto, fue sustituida por la de Zobia Kloofs, que preguntó:

—¿Qué ocurre, Gabriela?

—El Presidente tiene una conferencia. Creo que se pondrá en seguida.

—¡Que lo haga, si sabe lo que le conviene!

En efecto, un minuto después, el personaje más importante de la Unión Política Europea asomaba a la pantalla visora de Zobia Kloofs, sonriendo y diciendo con alegría:

—¡Zobia, querida! Siento haberte hecho…

—Oye, Hans. Cursa una orden de arresto contra Ida Farrin y Nkanzi Kota. A ella confínala en el satélite «Zero», a perpetuidad. A él… ¡Envíamelo bien escoltado!…

—¿Ha sucedido algo grave, Zobia? —preguntó Hans Hoppner.

—Un acto de desobediencia y rebeldía. Estaba previsto, pero

confié demasiado en el juicio de Ida Farrin. Ya no tiene remedio. Actúa con energía, Hans.

—Bien, daré las órdenes oportunas. Me he alegrado mucho de verte, Zobia. ¿Por qué no vienes a la recepción que damos en la Presidencia el jueves próximo? Acudirán todos los Comisionados del Sistema. Una gran…

—No puedo, Hans. Lo siento. Enviaré a una representante.

—¿Cómo va tu gran proyecto? Ya he oído decir que el Mediterráneo está medio vacío y que empieza a nacer el Gran Mar del Sahara… ¿Estará todo listo en la fecha prevista, Zobia?

Zobia Kloofs sonrió. Sólo lo hacía cuando alguien profano a su vasta organización mencionaba el fabuloso proyecto de secado del mar Mediterráneo.

—Puedes estar seguro, Hans. Solicité diez años para crear en la cuna de la civilización un gran pueblo de ocho millones de kilómetros cuadrados y lo cumpliré. ¡Nada ni nadie podrá detenerme! Ya habrás recibido informes de que el Adriático, el Egeo y el Negro han desaparecido, ¿verdad?

—Sí, ¡cómo no! ¿Habéis encontrado mucha riqueza en los dragados a cielo abierto?

—Poca cosa. En su mayor parte, obras de arte. Nuestros técnicos trabajan despacio y con precauciones. Puedes contar con una gran donación de esculturas, Hans.

—Gracias, Zobia. Y dime, ¿no hay modo de que podamos estar juntos unas horas? ¿Por qué no vienes un fin de semana a mi palacio de Kiev?

—No puedo, Hans. De veras. Te lo agradezco mucho.

—¿Y si insisto? —preguntó el hombre más importante de la Unión Política Europea.

—Sólo conseguirías incurrir en mi enojo, Hans —contestó ella, muy seria.

—Perdona, Zobia. No he querido molestarte. Adiós. Y me he alegrado mucho de verte. Llámame siempre que me necesites.

—Adiós, Hans. Y gracias.

Zobia Kloofs cortó la comunicación, con un gesto de fastidio, y llamó por el intercomunicador:

—Gabriela, envíame a «Brito-G».

* * *

Las órdenes de Hans Hoppner fueron transmitidas en el acto.

Media hora después la policía penetraba en el chalet de Ida Farrin y la detenía en compañía de Nkanzi Kota.

—Por favor, no se resistan a la ley —dijo un comandante de la policía—. Soy Naik Dorji y cumplo órdenes superiores.

—¡Esto es un atropello! —rugió Nkanzi, lívido—. No hemos cometido ningún delito. Vivimos en un mundo libre.

—No se canse, ingeniero —atajó Naik Dorji—. Lo sé. Actuamos de acuerdo con la Ley de Seguridad Universal. Es cosa de la comisión del Gobierno.

—¿De qué Comisión?

—La Europea —respondió Naik Dorji, empezando a sospechar que pronto habría complicaciones internacionales.

—¡Soy de la Unión Política Oriental, amigo Dorji! —exclamó Nkanzi, sonriente.

Ida Farrin, detrás de un biombo, se vestía sin prisa. En sus ojos había lágrimas. Pero ella lo había querido así. Escuchó la conversación de Nkanzi y Naik Dorji como si no le afectase.

—También lo sé, ingeniero Kota. Y por eso le digo que no está usted detenido. Sólo me han dado órdenes de conducirle a presencia de la señora Zobia Kloofs.

Ida, detrás del biombo, se estremeció, pese a la tibia temperatura proporcionada por las irradiaciones infrarrojas de la amplia y lujosa sala. Abrochándose la túnica, que aún mostraba parte de su cuerpo sedoso y escultural, salió de detrás del biombo y se acercó a Nkanzi. Dijo, en tono humilde:

—Lo sabía, Nkanzi. Estoy dispuesta a pagar. No te preocupes por mí. Procura salvarte. Y gracias por la felicidad que me has proporcionado.

Nkanzi miró a Ida. Luego a Naik Dorji y después a la fila de agentes de uniforme negro que se alineaban junto al muro. Sólo uno iba armado con una extraña pistola paralizante.

—¿Dónde la llevan a ella?

—Se nos ha ordenado conducirla al Satélite «Zero»… ¡Lo siento! —respondió Naik Dorji—. La acusación es de rebeldía y traición.

—Yo solo… —empezó a decir Ida.

Nkanzi la abrazó y besó en las mejillas. Sus palabras eran apasionadas, al decir:

—¡No te abandonaré, Ida! ¡Estoy dispuesto a luchar por ti!

—No, no lo hagas. Te perderías tú también.

Naik Dorji hizo un gesto con la mano al agente que empuñaba el arma paralizante. Se produjo un breve chasquido y la pareja quedó inmóvil, abrazados, rígidos.

—Separadlos. Ya sabéis lo que es preciso hacer con ella. De él me encargo yo. Llevadle a mi autobólido.

Diez minutos más tarde, ya recobrado del «*shock*» iónico, Nkanzi se encontraba sentado en un raudo autobólido, volando hacia la última plataforma del famoso Castillo de Naipes.

El vehículo evolucionó en las alturas y fue a posarse suavemente sobre el aparcamiento aéreo, desde donde se deslizó hacia una rampa, a cuyos lados había varios heliodiscos, un extraño ornitóptero y seis o siete autobólidos modernos.

—Procure portarse bien, ingeniero Nkanzi —aconsejó el comandante, al detener su vehículo y dirigirlo hacia un aparcamiento lateral—. Me han mandado hacer esto y debo cumplir las órdenes.

—Comprendo, comandante. Pero diré unas cuantas cosas a Zobia Kloofs. Luego tendrán que encerrarme con Ida Farrin.

Naik Dorji se encogió de hombros.

Salieron del autobólido y una cinta móvil les llevó hasta las oficinas de la
M. D. C.
Allí, dos robots de vigilancia, que ya debían tener instrucciones, les dejaron pasar. Tras haber cruzado varias puertas invisibles, Nkanzi se encontró en la amplia antesala del despacho de Zobia Kloofs, donde veinte maravillosos rostros de mujer le miraron un instante.

El que hacía veintiuno, correspondiente a la hermosa Gabriela Asweir, miró a Nkanzi con más detenimiento, mientras pulsaba el botón del intercomunicador.

—Señora Kloofs —dijo en voz baja, mientras Dorji y Nkanzi avanzaban hacia, su mesa—, el ingeniero Kota viene acompañado por un comandante de la policía.

—Haga pasar a Nkanzi Kota y que espere ese comandante.

Naik Dorji oyó aquellas palabras y frunció el ceño. Su grueso

reloj de pulsera ascendió hacia el oído.

—Obedezca —habló una voz metálica a través del reloj, directamente desde la Secretaría de la Comisión de Gobierno.

Y Naik Dorji no tuvo más remedio que callar.

—Por aquí, ingeniero Kota —dijo Gabriela, poniéndose en pie.

Con los labios apretados, Nkanzi avanzo delante de Gabriela, deteniéndose sólo un segundo a que se descorriera el panel que comunicaba con el despacho de Zobia Kloofs. Luego, se encontró ante aquella poderosa mujer. El panel se cerró a su espalda y Gabriela quedó fuera.

Zobia no levantó la cabeza en seguida. Anotaba algo en unas planchas metálicas y murmuraba números y guarismos al robot que estaba a su lado. Fue Nkanzi quien habló, acercándose a la mesa.

—Óigame usted, señora Kloofs, me importa un bledo que…

—«Brito-G», retírate, por favor —habló Zobia, levantando sus grandes ojos acerados hacia el visitante forzado.

Nkanzi vio aquel rostro y enmudeció, estupefacto. En su garganta se formó un opresivo nudo y su corazón se puso a latir con fuerza.

—¿Qué le ocurre, ingeniero Kota? —Ella sonrió de un modo hechicero—. ¿Tiene usted miedo de mí?

Otro panel, junto a la gran pantalla 3D, se corrió detrás de «Brito-G», que se había retirado sin ruido, marchando sobre sus tres ruedas de goma.

—No creí que… —empezó a decir Nkanzi.

—Ni yo tampoco lo creí, Nkanzi. Pero es verdad. No has olvidado mi voz, ¿verdad?

Zobia ge levantó, mostrando toda la esbeltez de su bien modelado cuerpo, sus abultados y erectos senos, su cintura estrecha, sujeta por un ancho cinturón metálico, sus brazos desnudos y bien formados, blancos, vibrantes, de manos finas, largas y cuidadas.

Al abandonar la mesa, para acercarse a él, sus pies descalzos, como si estuvieran almohadillados, no hicieron el menor ruido. Sus uñas eran largas y negras como la noche sideral.

Nkanzi no se movió cuando ella le echó los brazos al cuello y le besó, sonriente, voluptuosa, casi felina.

—¿Sorprendido, Nkanzi?… Ven a mi apartamiento particular. Allí estaremos mejor. Tenemos mucho que hablar.

Nkanzi se dejó llevar hasta una puerta que había detrás de la mesa de Zobia. Estaba tan estupefacto que apenas podía articular palabra.

¡Zobia Kloofs era Targa Wandi, no cabía la menor duda!

¡Y Targa había significado mucho en su vida ocho años atrás!

* * *

—No quería verte, Nkanzi —decía Zobia—. Sabía que trabajabas para mí, pero no te distinguí nunca de los demás ingenieros. Quería que subieras por tus propios medios y creo que lo he conseguido.

—¡Targa, aún me parece imposible! ¿Te acuerdas de Calcuta, año tres? —musitó él, reclinado junto a ella, besándole los suaves cabellos teñidos de verde esmeralda.

—¿Cómo olvidarlo? Pero no tuve más remedio que irme con Shiko Kloofs, Nkanzi. Él era el hombre que yo necesitaba entonces. Mi corazón quedaba contigo y mi cerebro se fue con Shiko. ¡Tenía que ser así!

Nkanzi pareció recibir una bofetada. Empezó a despertar de aquel sueño transitorio. Un cúmulo de pensamientos le asaltaron de pronto. Se retiró, quedando sentado sobre el reclinable de espuma, y miró fijamente a Zobia.

—¡No, Targa! ¡Lo tuyo fue una traición! Me hiciste mucho daño, más del que pude soportar… ¡Y ahora me lo has vuelto a hacer con Ida Farrin!

Zobia se incorporó vivamente, gritando:

—No me la nombres. ¡Ha querido vengarse de mí a través de ti! Ella sabe que tú y yo…

—¡Mientes! ¡Nadie ha sabido nada! Me lo habría dicho… Y tu secretaria no es como tú, ¡es mucho más humana!

Zobia suplicó:

—Olvídala, Nkanzi. Y óyeme. Hay que terminar con el vaciado del Mediterráneo. Un mundo nuevo está surgiendo de entre mis manos. Muy pronto podremos gozar tú y yo de mi gran obra. Soy la mujer más importante del Sistema Solar, y pronto lo seré del Universo, Nkanzi. ¡Quería conquistar el más alto puesto para ti!

—¿Y no te importaban los demás?… Goro Harmo, por ejemplo.

—Le hice fracasar por ti, Nkanzi. Obstaculicé su labor para que

no pudiera terminar a tiempo y tener un motivo para destituirle. Tú ocuparías su puesto… ¡Todo lo pensé y lo hice por ti! Pronto serás el Ingeniero Jefe de la

M. D. C.

, y pronto podrás vivir siempre a mi lado.

Nkanzi Kota, con el vaso de ámbar en la mano, había retrocedido un paso. Su cara era como una máscara, mientras que la de Zobia se había transformado, para ser ahora una mujer vehemente, ávida, suplicante y encendida.

—Goro Harmo era mi amigo… Ha muerto —musitó Nkanzi.

—Lo siento. Debía renunciar a su puesto…

—¡No debiste hacerlo! —gritó Nkanzi.

—¡Era preciso, te quiero mucho! ¡Y esa ingrata de Ida se tenía que enamorar de ti…!

Nkanzi sonrió despectivo. Recordó las horas pasadas en brazos de Ida Farrin y toda la belleza artificial de la hembra que tenía delante pareció esfumarse. En vano intentó recordar a la Targa Wandi que tanto había querido a sus veintiocho años. Pero el tiempo había borrado ya los recuerdos. ¡Ahora sólo quedaba el presente, crudo, despiadado!

Zobia había hecho confinar a Ida, por celos. ¿Qué podía sentir aún aquella mujer? ¿Era cierto que le amaba aún? Decidió averiguarlo.

—Haz que suelten a Ida y devuélvele puesto.

—¡No! —exclamó Zobia.

—¿No lo quieres hacer por mí?

—¡Sé que has estado con ella esta noche! —Zobia pareció gemir, estirándose suplicante hacia él, sobre el reclinable de espuma.

—Sí, puedo hacerlo. No debo ninguna fidelidad a la mujer que me abandonó hace ocho años. Te ruego que dejes ir a Ida, ¡de lo contrario no me volverás a ver! —Nkanzi habló con voz firme y serena.

—¿Tanto la quieres? —preguntó Zobia, con un hilo de voz.

—Después de la Targa Wandi que conocí en Calcuta, ha sido la única mujer exquisita que se ha cruzado en mi camino.

Zobia se mordió los labios con rabia infinita. Quizá fue entonces cuando se dio cuenta de que sus cálculos habían sido erróneos. Esto acrecentó su cólera, encendiendo un volcán en su pecho. Si hasta

entonces, la ingeniero en jefe de la más vasta empresa de construcciones del Sistema Solar había sido fría y calculadora, en aquel mismo instante el equilibrio se rompió dentro de ella. Y una bilis venenosa ascendió a su cerebro.

—¡Vete, Nkanzi! —rugió como una tigresa despechada—. ¡Te odio con tanta intensidad como antes te amaba! He sabido esperar, pero tú renuncias a mí y con ello a tu vida.

Nkanzi no se inmutó lo más mínimo. Sonreía compasivamente mientras miraba a Zobia, que se puso en pie y arrojó con furia su vaso de ámbar contra el piso de plástico esponjoso, sobre el que rebotó y fue a golpear la cristalera de la decoración.

—Iré al Satélite «Zero» a compartir el cautiverio con tu víctima.

—¡Irás al infierno, Nkanzi! ¡Ida Farrin morirá! ¡Haré que la desintegren, me sobra poder para ello!

—Y yo moriré también con ella —replicó Nkanzi—. Moriré, si no encuentro el medio de anularte. Y creo que ya lo tengo.

Zobia no pudo evitar que él la sujetara por los brazos, doblegándola con fuerza:

—Grita todo lo que quieras. Tú misma has dicho hace poco que aquí nadie podía oírnos.

—¡Suéltame, me haces daño!

—Te apretaré del cuello… Así. —Nkanzi soltó los brazos de Zobia para sujetarla por la garganta nacarada—, hasta arrancarte la vida… ¡Ahora aún puedo, Zobia Kloofs!

—¡No, piedad! —gritó ella, cayendo de rodillas y agarrándose a las muñecas de él, como pretendiendo zafarse de aquella férrea tenaza que la oprimía.

—¿Cómo puedes suplicar piedad tú, si no conoces el sentido de esa palabra? ¿Crees que puedes humillarme más? Te desterré de mi corazón hace años… ¡Y ahora evitaré que puedas causar más mal a nadie!

Un estertor agónico se escapó de los labios de Zobia. Se estremeció espasmódicamente y luego su cuerpo de diosa se relajó y quedó fláccido entre las manos de Nkanzi.

Cuando él la soltó, Zobia se desplomó igual que un guiñol, quedando en el suelo como un inanimado pelele.

¡Estaba muerta!

* * *

Sin embargo, en el siglo XXIII la muerte sólo existía en los casos de consunción, y Zobia Kloofs estaba muy lejos de haber llegado a tal extremo. Había muerto asesinada, lo que equivalía a decir que padecía una leve indisposición.

Mientras Nkanzi Kota escapaba hacía el aparcamiento particular de Zobia, un cerebro electrónico, conectado a distancia con el cerebro de la mujer que regía los destinos de la
M. D. C.
, emitió una llamada de alarma. La primera en tener noticia del suceso fue Gabriela Asweir. El comandante Naik Dorji, que estaba con ella, se enteró también. Y juntos acudieron en socorro de la muerta.

Media hora después, en el Centro Quirúrgico de Kloofs City, Zobia era devuelta a la vida con una facilidad pasmosa.

Sus primeras palabras, al abrir los ojos, fueron:

—Ha sido Ida Farrin… ¡Desintégrenla!

—Pero… —intervino Naik Dorji—. Ida no ha podido… ¡Tuvo que ser Nkanzi Kota!

—¡Él no tuvo nada que ver conmigo! Yo les explicaré…

CAPÍTULO III



avid Kant fue como lluvia bienhechora en el sediento sembrado de las dudas del comandante Naik Dorji. Jamás una llamada visiofónica pudo ser más oportuna, incluso para Ida Farrin y Nkanzi Kota.

La actitud de una mujer resucitada no podía ser más hostil. Zobia Kloofs podía destituir incluso al Jefe Superior de Orden Público. Y decirle que sus declaraciones eran falsas sería tanto como renunciar a un cómodo y bien remunerado puesto público.

Por esto, cuando David Kant llamó a Naik Dorji y le expuso sus pretensiones, el comandante de Kloofs City vio el cielo abierto.

—¡Sería algo maravilloso, doctor! —replicó—. Voy a verle inmediatamente. No se mueva de ahí.

Kant recibió a Dorji en su residencia de piedra de la isla de Kazori. Sobre un monte abrupto, el hombre de ciencia vivía aislado del mundo, trabajando en teorías relacionadas con la transformación y transmutación de la materia.

—¿Qué tal el viaje, querido amigo? —preguntó Kant, estrechando la mano a Dorji.

—Muy bien. Como verá, no he perdido el tiempo en venir. Tengo a la mujer y al hombre… ¡Y creo que accederán! Ellos eluden la muerte, quizá, me solucionan un tremendo problema de conciencia y…

—¿Y se deshace una injusticia, no es así? —terminó David Kant.

—Cierto, doctor. Me aterran las injusticias. Uno no ha nacido para ciertas arbitrariedades. Zobia Kloofs es una mujer muy influyente… Pero la legislación debería evitar ciertos abusos.

—He pensado en eso, amigo mío. Tal vez sería posible transmutar también a Zobia Kloofs.

Naik Dorji palideció al oír aquello. Miró al doctor, por si éste hablaba en broma, y murmuró:

—¿Bromea usted, doctor Kant?

—No, sospesaba una posibilidad. Después de nuestra conversación por visioteléfono he estado pensando. Un amigo mío, de la Comisión Científica de París, podría proporcionarnos una mujer físicamente igual a Zobia Kloofs. La suplantación sería fácil.

—Pero… ¿Quiere usted insinuar que…?

—Sí. Ida Farrin, Nkanzi Kota y Zobia Kloofs pueden efectuar ese viaje a través del tiempo y el espacio. ¡Yo puedo transmutarlos!

Naik Dorji tembló de pies a cabeza.

—Le diré más, comandante. Un hombre llamado Goro Harmo está a punto de ser transmutado.

—¿Goro Harmo? Pero no es…

—Sí, un ingeniero de la M. D. C., el encargado de la canalización del delta del Nilo. Intentó matarse, pero fue rescatado por los agentes de la Comisión Científica. Un cuerpo similar al suyo, enteramente artificial, fue inhumado ayer mismo en El Cairo. Comprenderá que tenemos predilección por individuos de carrera… ¡Y Zobia Kloofs sería ideal para el experimento!

—¿Se da usted cuenta de lo que significaría transmutar a Zobia Kloofs?

David Kant soltó una carcajada y dijo, palmoteando la espalda del comandante Dorji:

—Usted se asombraría si supiera las suplantaciones qué nuestro gabinete ha llevado a cabo. Ni ellos mismos lo saben. Creamos una verdadera duplicidad de seres. Transformar a una persona corriente, de la masa, en una figura pública, es lo más frecuente que hay en nuestros medios científicos. Nadie se percata de ello.

—¿Y cómo es posible…?

—Del mismo modo que usted olvidará todo cuanto le estoy diciendo. ¡Transmutación mental, sencillamente! Del aspecto físico se encargan nuestros cirujanos de plasticidad y estética. Eso es lo que podríamos llamar desdoblamiento. Una persona cede a otra, subconscientemente, todos sus conocimientos y recuerdos, conservándolos a su vez. No es difícil, puesto que ambos han de ocupar planos distintos en los ámbitos dimensionales. Nunca volverán a encontrarse.

—¡Pero eso es contra la ley! —exclamó Dorji.

—Y en pro de la Ciencia, mi querido comandante.

* * *

Sacar a Ida Farrin del Satélite «Zero» no fue empresa difícil. Había sido internada allí provisionalmente, a disposición del Servicio de Orden Público de Kloofs City, y una nueva orden la devolvió a la Tierra. A partir de entonces, el único momento de lucidez que tuvo, como si su existencia se estuviera desarrollando en un sueño, fue cuando, sobre una mesa de operaciones, iluminada por un gran foco de luz verde, creyó ver a su lado, en otra mesa similar, el cuerpo dormido de Nkanzi Kota… ¡Y algo más allá, un rostro y una figura que le eran odiosos!

Luego, la oscuridad la envolvió.

* * *

Zobia Kloofs estaba sentada ante su mesa. Por vez primera, sin previo aviso, «Brito-G» se incorporó y salió. Zobia no dijo nada. Le pesaban terriblemente los ojos y se le cerraban los párpados. Había vuelto aquella misma noche del Centro Quirúrgico de Kloofs City y creía encontrarse bien. Se enfrascó en su trabajo e incluso llamó a

su robot auxiliar.

Ahora, sucedía algo grave. No pudo ver cómo su cuerpo empezaba a desaparecer paulatinamente, haciéndose invisible. ¡Y mucho menos pudo ver a su réplica exacta sentarse en el sillón que ella ocupara segundos antes!

¡Zobia Kloofs había desaparecido y en su lugar aparecía otra Zobia Kloofs enteramente igual!

* * *

Y Nkanzi Kota sufrió un fenómeno igual. Estaba descansando en el reducido alojamiento oficial de Naik Dorji, en espera de la solución que el comandante de orden público le había sugerido, cuando se durmió, dominado por un influjo esotérico. Su cuerpo y vestimenta se desmaterializó, desapareciendo de la sencilla litera del comandante.

Luego, otro Nkanzi Kota ocupó su puesto.

Media hora después, como si nada hubiera ocurrido en aquellas veinticuatro horas, un Nkanzi Kota exactamente igual que el primero, marchaba hacia El Cairo a ocupar su puesto en la oficina técnica de la
M. D. C.

¡Ni siquiera recordaba haber conocido a Ida Farrin!

* * *

A solas en su laboratorio, mirando a través de la recia mirilla de cuarzo, David Kent y su ayudante
Long-Tsé
, contemplaban los cuatro cuerpos desnudos que yacían dentro de la cámara de transmutación y transformación de materia.

Una débil claridad reinaba en el lugar, dando tonos irreales a la estancia.

—Hemos de tener especial cuidado de no perder su rastro. Nos conviene poder localizarlos en cualquier momento.

—Sin duda, doctor —respondió
Long-Tsé

—. De lo contrario, jamás sabríamos si la experiencia ha tenido éxito. Lo que no comprendo es una cosa. ¿Por qué ha elegido usted precisamente a estas cuatro personas? ¿Qué hay de particular en ellas?

David Kant era un hombre bondadoso. Sumergido en sus investigaciones, ignoraba que el mundo, y el universo a mayor escala, estaba regido aún por pasiones ancestrales. Descubrir entre personas relevantes un odio capaz de aniquilar a sus semejantes, aunque esto, materialmente fuese casi imposible, le había producido una fuerte impresión.

El desarrollo de la humanidad no había perdido nada con la desaparición de cuatro personas, una de las cuales ya podía estar muerta, y oficialmente lo estaba, y las otras a punto de aniquilarse. Sosias perfectamente adaptados ocupaban sus puestos. Por tanto, aquellos cuerpos podrían emplearse en la experimentación. Esperaba devolverlos a la vida sanos y salvos. Por si algo ocurría —¡cosa muy probable!—, se habían tomado precauciones.

—¿De particular,
Long-Tsé
?… Mucho, muchísimo. Deseo estudiar las reacciones del ser inteligente en los confines del infinito… En aquellos mundos inalcanzables por medios físicos, y de los que ignoramos hasta su estructura. Mis sospechas me inducen a creer que son mundos como los conocidos, dada la uniformidad del Universo. Pero… ¡Son tantas aún las limitaciones del hombre!

»Además, la Comisión está interesada en las reacciones psicológicas de esos cuatro seres humanos. ¡Cuántas pasiones no habrá ocultas en las mentes de muchas personas anónimas!

—¿No ha sido una casualidad el hallazgo de este caso cuádruple?

—Sí, pura casualidad,
Long-Tsé
. Buscábamos una pareja, hombre y mujer. Y Goro Harmo nos facilitó, inconscientemente, a otro hombre. Nkanzi Kota, a su vez, nos ha proporcionado las dos mujeres que nos faltaban. La detención de Ida Farrin por orden de la Unión Política Europea nos ayudó. Y habríamos prescindido de Harmo de no surgir la muerte de Zobia Kloofs. Esto nos facilita la investigación y así evitamos un

conflicto internacional.

—Pero… ¿Ida Farrin no ha sido despedida?

—Sí, claro. Y su cuerpo está aquí. Nadie la sustituye. Igual que a Goro Harmo. Los únicos sustituidos son Zobia Kloofs y Nkanzi Kota. Ahora, estudiemos sus encefalogramas. La radioscopia «Gamma» nos será muy útil. Dentro de unos días, tan sólo, podremos transmutarlos.

Los dos hombres de ciencia se enfrascaron de nuevo en sus estudios, trabajando con ahínco durante doce horas, para retirarse a descansar unas horas, y luego volver a la soledad de su laboratorio a proseguir sus extraños trabajos experimentales.

Al fin, David Kant y
Long-Tsé
dieron por terminados sus estudios previos y cambiaron las últimas impresiones.

Kant miró las cuatro figuras inmóviles que yacían en las camillas móviles. Le pareció un poco impúdica aquella desnudez y ordenó a
Long-Tsé
que cubriera sus cuerpos con trajes climatizados.

—No debemos buscar fenómenos raros. En principio, pensé experimentar con ellos desde una base estrictamente primitiva. Pero ellos tienen conciencia de su inteligencia y civilización. Esto iría contra la naturaleza.

Es preferible que sepan quiénes son y que ignoren lo que hacen.

—¡Un aspecto interesante! —admitió
Long-Tsé
, admirado.

—En otra ocasión, con aborígenes de Australia, podremos hacer el experimento de la transmutación a un ambiente completamente distinto.

—El de éstos ha de ser por fuerza distinto —argumentó el ayudante de David Kant.

—Sí. Pero el hombre racional se adapta mejor al clima y al ambiente. Bueno, Long, propongo que actuemos ya. Hay que transmutarlos.

—¡Me gustaría ir con ellos! —exclamó
Long-Tsé
.

—¿Y arriesgarme a perder tu valiosa colaboración, amigo mío? —replicó Kant, sonriendo No puedo hacerlo.

Halagado,
Long-Tsé
salió del laboratorio, no tardando en regresar con algunas ropas que depositó sobre los inconscientes cuerpos. Luego, empujó la camilla que sostenía a Goro Harmo y la introdujo en una cavidad parecida a un pequeño túnel de pruebas de aeromodelismo. Una gran puerta metálica cerraba aquel compartimiento. Los densos muros de acero gálico impedían la salida y entrada de las más ínfimas partículas atómicas. Además, el compartimiento estaba rodeado de varios blindajes de plomo y líquidos antirradiactivos.

Cuando
Long-Tsé
hubo cerrado herméticamente la puerta metálica, dando vueltas a un gran volante, se volvió al tablero de control donde esperaba David Kant con varios blocs de hojas metálicas, en las que habían escritas infinidad de fórmulas de cálculo.

—Ya está —dijo
Long-Tsé
.

—¡Pues vamos con la primera prueba! Yo tengo también los mandos de distancia y tiempo ajustados. No te asombres,
Long-Tsé
, ¡pero voy a enviarlos a cien trillones de
años-luz
!

—A los confines del Universo —musitó
Long-Tsé
—. ¡Quiera Dios que haya algo allá capaz de recibirlos!

—Lo hay. Es un mundo enorme, con una gravedad semejante a la nuestra, y donde estarán sumergidos en una niebla de oxígeno y nitrógeno.

—¿Cómo puede saberlo, doctor?

A lo que David Kant respondió con una enigmática sonrisa:

—Le sé… ¡Porque lo sé!

Al decir esto, el hombre de ciencia empujó una palanca de triple mando y un zumbido apagado invadió el laboratorio. Los dos

hombres contuvieron el aliento, mirando, como hipnotizados, a una pantalla circular de rayos «Gamma», en la que se estaba produciendo un curioso fenómeno visual. Una serie de puntos luminosos cruzaban rápidamente la pantalla, orientados en una dirección determinada.

—¡Ya está saliendo la materia,
Long-Tsé
! En este mismo instante, en
Elok-II
se está formando un cuerpo vivo. El choque final le devolverá la vida.

—¿Y si allí no encuentran alimentos para sobrevivir?

—Nosotros les enviaremos provisiones. Igual que transmutamos materia viva podemos transmutar alimentos, amigo Long. ¡No seas simple!

Dos minutos exactamente duró el zumbido. Al término de los cuales, la pantalla circular dejó de trazar puntos luminosos, adquiriendo una tonalidad apagada.

—¡Ya está, amigo mío! —dijo Kant, algo excitado—. Vamos a la cámara de transmutación.

Los dos hombres cruzaron el laboratorio, pasando junto a las camillas donde yacían Ida Farrin, Zobia Kloofs y Nkanzi Kota, cuyos cuerpos brillaban de un modo espectral bajo la luz verde.

De no tratarse de dos hombres dedicados enteramente a la ciencia, Kant y
Long-Tsé
se habrían embelesado ante Zobia e Ida. Sus figuras eran incitantes, hechiceras, pese a la inmovilidad cataléptica en que se hallaban. Las líneas del cuerpo de Zobia fueron trazadas por uno de los artífices más famosos de la Unión Americana, y la piel fue distribuida armónicamente, con gracia sutil y buen gusto. Quizá fuese la mejor obra del cirujano plástico.

Sin embargo, Ida Farrin era una obra mucho más perfecta. Era, sencillamente, natural, y tenía veinticinco años. Sus caderas parecían tener ritmo, igual que sus piernas largas y de un contorno modélico. Su vientre era liso, como modelado en cera, al igual que su busto. Más de un genial artista habría renunciado a todas sus obras a cambio de poder esculpir o pintar a Ida Farrin. Y en su

rostro se daban cita todos los encantos de la gracia, la belleza y la seducción.

Sin embargo, pese a todo esto, ni Kant o su ayudante se fijaron en las dos mujeres.

Al abrir la compuerta de la cámara de transmutación, las manos de David Kant temblaban ligeramente. Un interrogante pendía en su cerebro. ¿Habían cometido algún error?

Obtuvo la respuesta cuando la compuerta se abrió, al fin, y pudieron ver la camilla en donde poco antes estuvo Goro Harmo… ¡Éste había desaparecido por completo!

Los dos sabios se miraron, sin despegar los labios. La emoción les dominaba.

—No podía fallar —musitó Long-Tsé—. Hemos repetido el experimento varias veces.

—No, no podía fallar, Long. Lleva ahora a Zobia Kloofs. No perdamos tiempo.

De nuevo se repitió la operación de transmutar a un ser humano, enviando las invisibles partículas de su cuerpo a miles de millones de kilómetros de distancia, para hacer que se unieran de nuevo allí todos sus corpúsculos, tan infinitamente pequeños que habían podido pasar a través de los poros de una cámara aislada.

David Kant sabía que de la cámara de trasmutación era imposible la huida de un protón. Y, sin embargo, un cuerpo humano se había desintegrado en su interior, por medio de un procedimiento enteramente fantástico y revolucionario, ¡para ir a formarse en los confines del Universo! ¡A cien trillones de años-luz de distancia!

¡Y a una velocidad instantánea!

* * *

Cuando los cuatro cuerpos hubieron sido enviados a los límites del cosmos, siguiendo el mismo procedimiento empleado con Goro Harmo, David Kant y Long-Tsé salieron del ahora desierto laboratorio y se sentaron en una terraza,

al sol, donde la brisa del mar acariciaba la isla de Kazori, en una de cuyas colinas estaba instalada la residencia en piedra del preclaro científico.

Al cabo de un rato de estar descansando, sin apartar la vista del cielo como si en él esperasen ver el rastro dejado por los seres vivientes enviados al infinito, David Kant preguntó:

—¿Qué habrá sido de ellos, Long?

—No lo sé. Pero algo me preocupa, doctor. Usted estaba muy seguro de que irían a un lugar llamado
Elok-II
, nombre que ignoro de qué manga se ha sacado usted, permítaseme el símil, y que allí el oxígeno y el nitrógeno están condensados en forma de niebla.

—Sí, amigo mío. Lo dije. Y lo repito. Elegí aquel lugar por su analogía con el caso de nuestros cuatro «pacientes», por llamarles de algún modo. Ellos han vivido aquí como entre brumas. Deben encontrarse a sí mismos. Y no dudo que se encontrarán.

—¡Habla usted en enigmas, doctor! No le entiendo.

David Kant lanzó un suspiro y alargó la mano hacia una mesita que había junto a ellos. Tomó un vaso de refresco de miel y zumo de naranja e introdujo un «dardo congelador», uno de los pequeños deleites que se permitía el hombre de ciencia.

—Te lo puedo explicar todo, Long. Pero… ¡Luego habré de hacer contigo como con el comandante Naik Dorji!

—¿Lavarme el cerebro para olvidarlo? Para eso no es necesario que me lo diga, doctor. Me gusta alentar la curiosidad. Además, se ha dado el caso que en algunas encefalotomías se han cometido leves descuidos y uno ha tenido que volver a la escuela a aprender datos y nociones que se le han borrado sin querer. ¡No me extrañaría nada que Naik Dorji olvidase en estos momentos que es comandante de orden público en Kloofs City!

David Kant sonrió y dijo:

—Tengo mucha confianza en ti, amigo mío. Pero hay secretos que no pueden ser revelados.

—¿Secretos científicos, doctor?

—Paracientíficos. Aunque en el caso presente rozamos una nueva ciencia a la que los siglos venideros llamarán «sicotransmutación».

Long-Tsé abrió la boca y se incorporó, mirando fijamente a su jefe.

—¿Acaso… —empezó a decir, asombrado—, han sido ellos mismos los que se han transmutado?

David Kant volvió a sonreír. Bebió lentamente su refresco y luego murmuró:

—Quizá hayas dado en el quid de la cuestión sin querer, Long. Algo hay de eso que has dicho. ¿Cómo, si no, podrían salir en materia de la cámara de transmutación? Nosotros no hemos hecho, ni más ni menos, que acentuar el poder innato que posee el hombre en lo más recóndito de su cerebro, para poder trasladarse «in mente». Es como un sueño, a través del cual las gentes viajan por lugares remotos.

»¡Yo, sencillamente, he hecho que ese sueño se convierta en realidad! Y cuando esos cuatro seres despierten de su sueño volverán de nuevo aquí. Cuando recobren la lucidez, ellos creerán haber soñado y, sin embargo, habrán vivido las pesadillas que les aguardan, y que no serán pocas.

Atónito, Long-Tsé, miró a su jefe.

—¿Está usted seguro de lo que dice, doctor?

—Sí, estoy seguro.

—¿Por qué?

—Está bien, amigo mío. Confío en ti. Te lo diré, ya que tanto insistes. ¡Estoy seguro porque yo mismo he vivido esa experiencia! ¡Yo estuve, en cuerpo y alma, en Elok-II! ¡Yo fui el primer hombre que convirtió en realidad un sueño!

»Yo me transmuté. Lo hice el año pasado, mientras tú estabas en Berlín.

—¿Y quién le ayudó a…?

—Mi esposa Kada… ¡La misma que ahora ocupa el puesto de Zobia Kloofs en el Castillo de Naipes de Kloofs City!

CAPÍTULO IV



l abrir los ojos, Zobia percibió la primera sensación de caída, al mismo tiempo. Estaba envuelta en brumas caliginosas. Un alarido de espanto se escapó de sus labios.

De pronto, su cuerpo golpeó blandamente con algo intangible y quedó inmóvil, como flotando en un gas denso y negro que parecía sostenerla. Quiso moverse y encontró escasa resistencia al apoyo.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es esta negrura?

Se dio cuenta de que sus manos sostenían algo blando. El tacto le hizo comprender que era tejido. Inmediatamente, se dio cuenta de su desnudez.

—¡Cielos! ¿Qué me ocurre?… ¡Ah, estoy muerta!. ¡Nkanzi me estranguló, lo recuerdo!… ¡Y ahora debo de estar flotando en el Más Allá!

Al terminar de decir esto le pareció que la niebla empezaba a desgarrarse sobre su cabeza. Una débil claridad empezó a

extenderse. Pudo verse las manos, los brazos, el vientre y el pecho. Instintivamente, se cubrió con su propia ropa.

También percibió la sensación de no estar apoyada en nada tangible. Y, sin embargo, una alfombra de brumas densas la sostenía. Brumas que se iban hundiendo lentamente, distendiéndose, dilatándose y transformándose, y volvió a percibir la sensación de caída.

No obstante, tuvo tiempo de ponerse las ropas. Las ajustó a su cuerpo, se abrochó el corpiño y cerró el cinto metálico.

Luego, sin haberse dado cuenta de que seguía cayendo, cada vez más envuelta en brumas, golpeó con la espalda contra niebla más densa. Tuvo la sensación de haber caído blandamente sobre una superficie de goma-espuma. Al querer ponerse en pie, sus manos se hundieron en aquella sustancia caliginosa. Sin embargo, no percibía sensación de humedad, calor o frío. No percibía nada. Sólo una sobreexcitación, producto de aquel despertar extraño.

¿O acaso estaba soñando?

Se palpó el cuerpo. Efectuó algunas pruebas de voluntad para comprobar si dormía o estaba despierta.

Primero se dijo que debía ponerse en pie. Y lo hizo, no sin agitarse, falta de apoyo, cayendo varias veces, como si careciera de peso. Sus pies se hundían en aquella bruma intangible. Al fin, sin embargo, se dijo, convencida, que había logrado ponerse en pie. Aunque ¿no podía estar cabeza abajo? Allí no había ningún punto de referencia para orientarse. No existía suelo ni techo, cénit ni nadir.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es todo esto?

Sintiendo hundirse sus pies en la neblina blanda, dio unos pasos. De pronto, como si el suelo se hubiese abierto bajo ella, se sintió caer de nuevo. Quizá había encontrado una fisura menos densa en la bruma que le servía de apoyo. Y tuvo la sensación de estar moviéndose dentro de una inmensa nube negra.

De nuevo cesó la caída. Algo la había sujetado. Algo viscoso, algo más húmedo. Agitó los brazos, pretendiendo librarse de aquello que la envolvía y vio los jirones de bruma arremolinarse a su alrededor.

Como ahora no caía, se arrodilló, hundiendo la cabeza en el pecho. La embargó una intensa desesperación.

—¿Qué castigo es éste? ¡Nkanzi Kota me apretó el cuello y me quitó la vida! Pero me reanimaron en el Centro Quirúrgico… ¡No podía morir por aquello! ¿Por qué, pues, estoy aquí? ¿Qué submundo es éste?

Volvió la cabeza en todas direcciones, intentando taladrar la niebla con la mirada, sin ver nada. Pero… ¡Ante ella parecía que algo pretendía perforar el muro de oscuridad! Era como una luz, como un resplandor iridiscente.

Se incorporó y avanzó en aquella dirección, viendo, con emoción, que la luz iba haciéndose más fuerte. ¡Que la niebla se aclaraba! ¡Que el suelo era cada vez más firme!

Y, de repente, se vio libre de brumas. Una luz verdosa, ¿o era blanca?, la envolvía. Pudo ver un suelo irregular, cubierto de pequeñas partículas brillantes. Y allá, a lo lejos, como una colina que ascendía hacia un cielo cubierto de nubes. Se volvió, para mirar hacia el lugar del cual había salido y vio cómo una barrera de vapor. ¿Una barrera? ¡No, era un muro, una montaña, o la boca de un volcán!

Asustada ante aquella imagen de vapor que, como una ingente pantalla, se alzaba ante ella, retrocedió. Vio moverse el muro de brumas. Un brazo surgió sobre ella, un brazo enorme, caliginoso, formado por millones de metros cúbicos de niebla densa. El muro se desquició, y la niebla, agitándose como si estuviera viva, cayó de nuevo sobre la temblorosa Zobia Kloofs, envolviéndola otra vez.

* * *

Nkanzi Kota experimentó sensaciones análogas a las de Zobia. Abrió los ojos y se encontró tendido, desnudo, y con sus ropas en la mano, sobre algo que en principio le pareció agua no húmeda. Le costó un gran esfuerzo calificar como niebla el vapor seco que le rodeaba.

Y cuando quiso moverse, quizá al romperse algún equilibrio estático, su cuerpo revoloteó en el vacío, cayendo en la nada, hacia campos de brumas más sombríos.

Al poco, se sintió de nuevo sujeto, apoyado en algo más denso. Se vistió maquinalmente, mirando en torno, y murmurando para sí:

—No estoy en casa, ni camino de El Cairo, ni en Kloofs City…

¡Ida Farrin no está en mis brazos! Posiblemente, ni siquiera estoy en la Tierra. Pero pienso, estoy vivo, me visto… ¿Por qué estaba desnudo? ¿Quién me ha traído aquí? ¿Qué es esto? ¿Por qué caigo y por qué me detengo en la nada?

Eran muchas preguntas. Sin embargo, Nkanzi Kota halló una respuesta plausible. Se dijo en voz alta:

—¡Estoy soñando! Esto es una pesadilla, tal vez producida por las últimas emociones. Apuesto que aún estoy en la litera de Naik Dorji… ¡Esto es un sueño, no hay duda! Esperemos que sea agradable, aunque lo dudo.

Una vez vestido, Nkanzi se alisó el cabello broncíneo y quiso dar unos pasos. Los pies se le hundían en aquella sustancia intangible, de escasa densidad. Luego, al dar otro paso, su pie izquierdo no encontró apoyo y revoloteó de nuevo, lentamente, en el vacío. El estómago se le revolvió y hubo de tragar saliva rápidamente. Por fortuna, cuando el vómito parecía inevitable, su espalda tropezó con algo menos blando que la niebla que le rodeaba. Le dio la sensación de haber tropezado con una cubierta de esponja, pues llegó a rebotar, muy débilmente, sin duda, hasta quedar inmóvil por completo. Entonces, apoyándose con ambas manos en aquella masa blanda que cedía a su presión, se incorporó otra vez.

Erguido, miró a su alrededor, girando sobre sí mismo.

—¿Qué es todo esto? ¿Lo está forjando mi imaginación?… Es curioso. Jamás tuve un sueño así… ¡Y lo más asombroso es que pienso como si estuviera despierto dentro de mi pesadilla!

»¿No habré sido trasladado a otro mundo? Esto podía ser un planeta extraño, cubierto de brumas, con bajo coeficiente de densidad… ¡Un mundo dilatado y blando!

Dio unos pasos, hundiendo siempre los pies en aquella esponja, hasta que vio algo así como una claridad difusa que se iba agrandando por momentos. Instantes después, se vio libre de la bruma, hallándose en un intenso claro de suelo pardo, cubierto de partículas brillantes. En torno a él, los muros de niebla se alzaban por todas partes.

Fue entonces cuando vio, a lo lejos, una figura de mujer. Fue solo un instante, porque algo así como un chorro de niebla cayó sobre ella y la envolvió. No obstante Nkanzi tuvo tiempo de reconocer a la mujer, gracias a la claridad blancoverdosa que

reinaba en aquel claro de la niebla.

Era Zobia Kloofs.

El joven ingeniero de la

M. D. C.

cada vez comprendía menos aquella situación. Mas no se detuvo a divagar. Había visto a Zobia y esto podía significar mucho. Así, corrió hacia donde la vio desaparecer.

El suelo era más blando en unos sitios que en otros. Incluso en determinados lugares, y precisamente donde más abundaban las partículas brillantes, sus pies se hundían basta el tobillo, dificultándole muchísimo la carrera.

—¡Targa! —gritaba Nkanzi mientras corría.

Nadie respondió a sus llamadas.

—¡Zobia! —volvió a gritar. Y el efecto fue el mismo.

De pronto, su pie se hundió en el suelo blando y cayó, golpeándose el rostro suavemente contra él. Ante sus ojos vio una de las diminutas partículas brillantes.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz alta.

Mientras se levantaba, tomó con los dedos una de aquellas partículas y la examinó más de cerca. Era casi impalpable y parecía una estrella diminuta.

—Es curioso. A simple vista, parecen las luminarias del cielo, cuando las noches están estrelladas y claras. ¿No será polvo de estrellas? ¿Y por qué brilla? ¿No será radiactivo?

Con aprensión, Nkanzi tiró al suelo la pequeña partícula. Siguió avanzando hacia donde había visto desaparecer la figura de Zobia. Ahora lo hizo con más precaución. También se dio cuenta de que el lejano monte, o lo que tal le parecía, iba cambiando de forma a cada instante, absorbido por las brumas que lo envolvían. El cielo, a muchas miles de millas sobre su cabeza, también aparecía cubierto de brumas. Y a su espalda, aquella cortina viviente de calinas, tentáculos brumosos y explosiones de gas, se iba modificando paulatinamente, avanzando y retrocediendo.

Fue en uno de los retrocesos de la niebla en constante agitación, cuando Nkanzi vio a un hombre, completamente desnudo, que caminaba como un sonámbulo… ¡O como un muerto!

¡Era Goro Harmo!

* * *

Ida Farrin vio al ingeniero Harmo casi al mismo tiempo que Nkanzi Kota. La bruma que la envolvió durante lo que le parecieron horas, se retiró bruscamente, en una de sus inmensas convulsiones, como si estuviera agitada por extraños vientos interiores, y el cuerpo del presunto muerto apareció a la derecha de ella.

Un grito desgarrador y angustioso se escapó de labios de Ida.

De la impresión, cayó sin sentido al suelo. Una alfombra de brumas la cubrió y Nkanzi no pudo verla, al dirigirse hacia Harmo.

Pero el ingeniero Harmo sí oyó el grito de Ida, lo que le hizo volverse.

—¡Goro, Goro…! ¿Eres tú?

Al no ver a Ida, Goro Harmo se volvió hacia Nkanzi. Su rostro espectral pareció iluminarse.

—¡Nkanzi Kota, amigo mío! —exclamó Harmo.

—¿Y tu ropa? —preguntó Nkanzi.

—¿Mi ropa?… ¡Pues es verdad! Estoy igual que vine al mundo… ¿Y qué importa ya la ropa, amigo mío? A los muertos les tiene sin cuidado su aspecto externo.

Nkanzi se acercó a Goro Harmo y le tendió la mano. Se la estrecharon con efusividad.

—¿Crees que estás muerto? —preguntó Nkanzi.

—¡Claro que sí!

—Pues yo creo que estoy soñando.

—He oído un grito.

—Yo también. Ha debido ser Zobia Kloofs.

—¿La señora Kloofs? ¡Pero…! —Goro Harmo abrió mucho los ojos, asombrado.

—Entonces… ¿Dónde estamos? ¿Crees que…?

Nkanzi estaba quitándose la toga que cubría su pecho, quedándose solo con los cortos pantalones.

—Toma, ponte esto, Goro. Francamente, estás indecoroso.

—¡Creí estar solo! Me suicidé —musitó Harmo, bajando los ojos al suelo y ruborizándose.

El ingeniero Harmo tendría treinta y cinco años. Era bastante alto, de complexión atlética, y los rasgos de su rostro, agraciados y elegantes, revelaban aún su ascendencia africana, aunque no de un

modo acusado, pues el color de su piel era atezado, más en el rostro que en el cuerpo. Sus fuertes brazos y sus cuidadas manos se sujetaron la toca de Nkanzi a la cintura, de suerte que su aspecto era ridículo en grado sumo, pero no impúdico.

—Así estás mejor, Goro. Vamos a ver si encontramos a Zobia… ¿Sabes quién es ella?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Goro Harmo, caminando junto a su compañero.

—Quiero decir que es Targa Wandi…

—¿La mujer que tú…?

—Sí. El único amor de mi vida. Se fue con Shiko Kloofs y me dejó. La he vuelto a ver y…

—¡Mira, allí está!

Goro señalaba hacia la neblina que cubría el suelo, y de entre la cual surgía un cuerpo de mujer. ¡Pero un maravilloso y fascinante cuerpo de mujer!

Ida Farrin estaba sin sentido. Vestía su ajustada túnica, color violeta iridiscente, aunque sus cabellos aparecían en desorden. Por lo visto, la muchacha, en su desesperación al verse sola en aquel mundo de brumas, se había mesado los cabellos.

Nkanzi Kota se arrodilló a su lado y la incorporó.

—¡Pero si es la secretaria de la señora Kloofs! —exclamó Goro —. ¡Claro que sí!

—Ella también comparte nuestro sueño. Parece desmayada.

—¿De veras crees que estamos soñando?

—Sí. Estoy seguro. Y no me abofetees porque temo despertar. Prefiero más que todo quede así. Tú, vivo, y esta muchacha, en mis brazos.

Ida abrió los ojos en aquel instante. Parpadeó, con gran revuelo de pestañas, y sus pupilas se fijaron en las de Nkanzi.

—¿Tú? —exclamó—. ¡Oh, amor mío, qué alegría!

—Nos volvemos a encontrar, ahora sin agentes de orden público. Te abrazaba cuando nos paralizaron, ¿recuerdas?

—¡No! —exclamó Ida, echando los brazos al cuello de Nkanzi—. Te volví a ver, como entre sueños, después de sacarme del Satélite «Zero». Estabas tendido en una camilla, sin ropas. ¡Este hombre estaba también, y Zobia Kloofs!

—¿No conoces al ingeniero Goro Harmo? —preguntó Nkanzi.

—¡Oh, sí, ahora recuerdo!… Pero… ¡si está! —Ida retrocedió instintivamente, apretándose contra el pecho desnudo de Nkanzi.

—Me temo que estemos todos muertos —dijo Goro Harmo, en tono solemne—. Yo me quité la vida al ser destituido. ¿Qué podía hacer? ¿Ir a hibernación y volver a la vida dentro de algunas docenas de años, cuando el mundo hubiese cambiado y mis amigos ya no existieran? No tenía más remedio que…

—Yo os explicaré algunas cosas —habló Nkanzi, sentado en el blando suelo, y sujetando a Ida por los hombros—. El comandante de orden público, Naik Dorji, me llevó a ver a Zobia Kloofs. Entré yo solo y me encontré con que Zobia era Targa Wandi, la muchacha que estudió conmigo en Calcuta y por quien lo habría dado todo en el mundo.

»Ya no tenía su mismo cuerpo, ni su misma cara. Pero era ella. La reconocí en el acto por su voz y sus ojos. Quedé impresionado. E incluso me dejé llevar a su apartamiento privado. Allí, me recobré, pensando en ti, Ida, y discutí con ella. Sentí deseos de matarla y ganar tiempo. Su muerte podía durar poco, pero yo necesitaba ir al Mar Negro y tomar uno de los cohetes experimentales que allí se han instalado para la nueva base de lanzamiento de naves espaciales. Pretendía ir al Satélite “Zero” y liberarte por la fuerza, o que me dejaran allí prisionero.

—¡Oh, Nkanzi! ¿Habrías hecho eso?

—Sí, mi amor. Eso quise hacer. Pero Naik Dorji me lo impidió, deteniéndome cuando intentaba abandonar Kloofs City. Luego me dijo que me ayudaría, que tuviera confianza en él. Incluso me dejó en su despacho, donde tiene un camastro para descansar. Me dormí allí y me despierto aquí… ¡Por eso digo que estoy soñando!

—¡Y yo digo que estamos muertos! —replicó Goro Harmo.

—Entonces, si la muerte es ésta, ¡es una bendición! —arguyó Ida, besando a Nkanzi—. Pero me temo que ninguno de los dos tengáis razón. Intuyo que somos objeto de algún extraño experimento. ¿Por qué hemos de estar aquí muertos y vivos, dormidos y despiertos?

—¡Y yo estoy seguro de haber visto a Zobia Kloofs desaparecer entre la niebla! —añadió Nkanzi.

Goro Harmo estaba de pie ante la pareja, vestido de aquel modo estrafalario, y su rostro era una máscara de perplejidad.

—Si no estamos muertos, ¿cómo estamos? ¿Dónde estamos? ¿Cómo hemos venido aquí?

Ni Ida ni Nkanzi respondieron. Estaban contemplando las evoluciones de la ingente masa de nubes que tenían delante.

—Este suelo de partículas brillantes no corresponde al de la Tierra, ni al de ningún planeta conocido. Hemos de admitir que no estamos en ningún planeta. Por lo tanto…

—No te precipites, Goro. Podemos estar en un planeta desconocido —replicó Nkanzi, levantándose y ayudando a Ida a hacerlo también.

—Bien, suponiendo que sea así, ¿cómo hemos venido? ¿En alguna astronave invisible o viajando encima de una nube?

—Eso sería lo más lógico —dijo Ida.

—Debo confesarte que no lo creo. Me inclino más por la idea de que estoy muerto y vosotros también lo estáis.

—¡Qué absurdo! —barbotó Nkanzi—. Tres buenos muertos en un mundo blando y sembrado de estrellas. Habéis de fijaros bien en el ambiente que nos rodea. No estamos en ningún submundo o en ninguna dimensión distinta a la nuestra.

»Aquí hay gases y sólidos. La situación intermedia de la materia es el líquido, por lo tanto, también debemos admitir que debe existir el agua.

—Quizás esté bajo nuestros pies. Esto que pisamos podía ser una masa esponjosa flotante —comentó Ida, cuyo instinto femenino le acercaba más a la verdad que el razonamiento calculador de Nkanzi.

—Es posible. Y por la composición de cuanto nos envuelve, podemos deducir que nos hallamos en un mundo físico, existente, de escasa densidad, donde los átomos no están comprimidos por la gravitación.

—¡Hum! —musitó Goro Harmo—. Recuerdo haber leído una teoría semejante referente a la estructura de los mundos en los confines del Universo.

—Exactamente, Goro. Este mundo extraño presenta las mismas características de la teoría de David Kant —terminó Nkanzi—. Un mundo enorme, de miles de millones de kilómetros de diámetro, que gira en los confines del cosmos, y que, con el transcurso de milenios, se irá comprimiendo, reduciéndose de tamaño, al par que

adquiere mayor densidad.

—A la vez que orbitará en torno a otros mundos semejantes, hasta que las radiaciones quedarán tan comprimidas que estallarán, formándose una «nova» y luego un sol blanco… ¡Bah, la cosmogonía es la ciencia de las hipótesis axiomáticas! ¡Una verdad siempre a medias! ¡Nadie podrá comprobar de un modo palpable cómo se forma un mundo! Mientras, será mejor ir a ver si encontramos a Zobia Kloofs. Me gustaría decirle unas cuantas cosas. Aquí no estamos en su trono de acero y sus órdenes no pueden inducirme a la locura.

—Sí, vamos, Goro. Estoy seguro de que Zobia también está aquí.

Ida fue la única que no dijo nada. Pensaba intensamente. Y sentía algo muy vulgar: ¡hambre! ¡Mucha hambre!

Zobia Kloofs surgió ante ellos cuando menos lo esperaban. Pareció ser expulsada de la enorme masa de niebla. Traía los cabellos erizados, el rostro descompuesto y los ojos desorbitados. Con los brazos extendidos hacia delante, parecía pretender ahuyentar una pesadilla horrible.

—¡Socorro, piedad…! —gritaba—. ¡Sacadme de este infierno!

—¡Señora Kloofs! —exclamó Ida, sujetándola—. ¿Qué ha visto?

—¡Un monstruo de fuego! ¡Era algo horripilante!

CAPÍTULO V


a horrenda visión de Zobia Kloofs resultó ser bruma roja, sencillamente. Nadie pudo explicarse por qué adquiría la bruma aquella coloración. La verdad era que, poco a poco, toda la ingente masa de gas fue cambiando de tonalidad, hasta ser roja por completo, como el fuego.

El techo de nubes del claro despejado también adquirió la nueva tonalidad escarlata. Y los cuatro seres perdidos en aquel mundo se vieron bajo una nueva faceta de color.

Nkanzi Kota encontró a Ida mucho más bella en aquella tonalidad roja. Llegó un momento en que creyó encontrarse en un laboratorio fotográfico donde sólo alumbraba la luz filtrada por las pantallas color sangre.

Y si Ida parecía bella bajo la nueva tonalidad, Zobia Kloofs era fascinante. Desde que la habían encontrado, Goro Harmo no dejaba de mirarla. En la Tierra, jamás se habían visto personalmente Zobia y Harmo. Sin embargo, se conocían bien.

Por su culpa, al ver hundirse su carrera profesional. Harmo había atentado contra su vida. Ahora, estaban frente a frente, en igualdad de condiciones, perdidos en un mundo desconocido.

Por otra parte, Ida y Zobia se miraron con receló. Pasada la primera impresión, Zobia fue recobrando su aplomo y frialdad.

—Me llamaste hiena, Ida. Y no me enojé.

—Lo siento, señora.

—Óyeme bien, Ida. ¿Sabías que la señora Kloofs se había llamado Targa Wandi de soltera? —preguntó Nkanzi.

—¿Por qué remover eso ahora? —gritó Zobia—. Te mentí, está bien. El caso es ahora muy distinto. ¿Dónde estamos? ¿Qué podemos hacer?

—Hay muchas preguntas por contestar —comentó Nkanzi—. Y yo prefiero atenerme a las personales, a las nuestras, las únicas que pueden ser contestadas. Lo demás…

—Ida estaba enamorada de ti —dio Zobia lentamente—. Me lo había dicho varias veces. Pero yo sabía quién eras tú y lo que te tenía preparado. Tú ibas a ser el ingeniero jefe, por tu valía y por mi apoyo…

—¡Apoyo que obstaculizó la labor de Goro Harmo para hacerle fracasar en la canalización del delta del Nilo! —Pareció escupir Nkanzi al rostro rojo de Zobia.

—¡Yo quería para ti el mejor puesto! —protestó Zobia.

Goro Harmo, por su parte, guardó silencio. Se había sentado en una protuberancia del terreno blando, junto a Ida, y escuchaba a los otros dos.

—Tu proyecto de vaciar el Mediterráneo es demasiado ambicioso, Zobia. Como obra de ingeniería, no está mal. De no ocurrir algún desequilibrio en la masa líquida de los océanos, se habría ganado un gran terreno, pudiéndose colonizar las orillas del Gran Mar del Sahara, antes un desierto milenario. Pero ¿por qué has tenido que mezclar tus sentimientos personales con el trabajo?

—En Calcuta te tuve que dejar, aun queriéndote con toda mi alma. Ambicionaba una posición. Tenía talento y mi deber era aprovecharlo. El corazón era preciso dejarlo aparte. Por eso me fui, pero hice un pacto con Shiko Kloofs. Mi amor seguía perteneciéndote.

—¡No te creo, Zobia! ¿La creéis vosotros?

Ida y Goro negaron con la cabeza.

—¿Estáis todos contra mí? ¿Qué burla es ésta? ¿Por qué me habéis traído a este mundo horrible? ¿Es una sádica venganza? ¿Es cosa tuya, Ida Farrin?

Ida volvió a negar con la cabeza.

—¿Es una venganza por haberte destituido, ingeniero Harmo?

Goro también negó, con gravedad.

—Quizá sea Dios que desea probarte, Targa Wandi… ¿O prefieres que te llame señora Kloofs?

—¿Y qué importa eso ahora, Nkanzi? Lo único que me importa es vuestro perdón. Si hemos de morir aquí, quiero…

—¡Ya estamos muertos! —dijo Goro Harmo con voz de oráculo.

—¡No! —gritó Zobia, retrocediendo unos pasos—. Tengo mucho que hacer aún. En el Mediterráneo hay muchas riquezas. Me comprometí a formar la más grande metrópoli del Universo entero. ¡Debo trabajar sin descanso! ¡Ida, mándame a «Brito-G»!

Luego, Zobia se desplomó sollozando, víctima de un ataque de histeria.

Nkanzi la miró con frialdad. Ida Farrin ni la miró siquiera. Sólo Goro Harmo se levantó y se dirigió hacia ella, inclinándose luego a su lado. Le puso una mano en el hombro, con timidez.

—Tranquilícese, señora Kloofs. Por favor…

—¡Suéltame, no me toques! ¡Me dais asco! —chilló Zobia, incorporándose y revolviéndose como una víbora hostigada.

Su mano trazó una corta parábola y fue a estrellarse contra la mejilla del ingeniero Harmo, quien se echó atrás, vivamente, murmurando:

—Es curioso… ¡He sentido dolor! Empiezo a temer que no he muerto.

—¡Os odio a todos! ¡Marchaos de aquí, dejadme sola! ¡Moriré a mi manera, sin piedad ni compasión de nadie!

Goro Harmo retrocedió hasta situarse al lado de Nkanzi Kota.

—Si, déjala. Ya se le pasará —dijo este último.

—Me ha pegado, Nkanzi. Y me ha hecho daño. Siento mi carne. En teoría, el dolor físico no podría afectarse, porque no existo… ¡Pero siento! ¿Qué podemos hacer?

—Eso, ¿qué hacemos? —preguntó Ida Farrin, apoyando los codos en sus rodillas—. Quedarse aquí, bajo esta niebla rojiza,

esperando que la luz vuelva a cambiar y luego sea verde, azul o amarilla, es tan inútil como irse hacia lo desconocido… ¡Y tengo hambre!

Con un arrebato de genio, Ida agarró un puñado de «tierra», que arrancó del suelo casi sin hacer presión con los dedos, y se la llevó a la boca. Inmediatamente la escupió, limpiándose luego los labios con el dorso de la mano.

—¡Puaf, qué cosa más repugnante! —exclamó.

—¿Qué sabor tiene? —inquirió Nkanzi.

—¡Es lo más nauseabundo que he probado jamás! ¡Tiene gusto a…! ¡A nada! —terminó Ida.

De pronto, Zobia lanzó un grito, se puso en pie y en seguida retrocedió unos pasos. Tenía la mano derecha extendida y señalaba a un bulto, como una caja de medio metro cuadrado, que había aparecido a escasa distancia de donde estaba ella.

—¡Mirad! —gritó.

Todos se volvieron. Nkanzi estaba seguro de que la caja no estaba allí un minuto antes. Y, sin embargo, como por arte de encantamiento, el receptáculo de plástico había aparecido ante ellos, alumbrado por la cada vez más intensa tonalidad rojo oscura.

Al recobrarse de su estupor, Nkanzi e Ida se acercaron a la caja.

—¿Qué significa esto? —preguntó Ida con un hilo de voz.

Nkanzi dijo:

—Aquí hay una tapa. La abrimos y pronto lo sabremos.

Uniendo la acción a la palabra, Nkanzi levantó la tapa del recipiente y vio una serie de botes y botellas semejantes a los que podrían hallarse en una alacena de las cocinas de la Tierra.

—¡Alimentos! —gritó Ida Farrin—. Mirad, carne en conserva, legumbres, langosta, vinos, galletas… ¡Y frascos de vitaminas!

Nkanzi Kota había tomado un papel blanco de celulosa que había sobre las conservas. Y en el que, pese a la casi completa oscuridad, pudo leer, gracias a la fosforescencia de la tinta iónica empleada en la escritura: *Tengan paciencia. Vayan hacia donde nacen las coloraciones… ¡Y no desesperen! Trabajan para la Ciencia*. D. K.

—¿Qué es esto, Nkanzi? —preguntó Goro Harmo, mirando a su compañero.

—Esto es… Bueno, lo que demuestra que sigues vivo.

Goro tomó el papel y lo leyó. Al instante, una carcajada se

escapó de sus labios.

—¡Asombroso! He aquí un hombre que se quita la vida, y, al abrir los ojos, se entera de que trabaja para la ciencia. Antes creí trabajar en beneficio de la humanidad doliente, mejorando sus condiciones de vida, y ahora resulta que el señor «D. K.» me tiene como cobayo… ¡Muy cómico! Y todo se lo debo a usted, señora Kloofs, por haber saboteado mi obra, haciéndome fracasar en mi misión y destituyéndome después… ¡Gracias, mujer!

Zobia había dejado de hablar. Miraba la caja aparecida de la nada, y de la cual estaba sacando Ida algunas latas metálicas con sus correspondientes llaves.

—Bistec de carne —dijo Ida—. ¿Quieres, Nkanzi?

—Prefiero algo más ligero. ¿Hay miel y mantequilla?

—Sí.

—Prefiero eso, con unas galletas. —Luego, Nkanzi se volvió a Zobia y añadió—: Targa, ya empezamos a comprender algo, muy poco. Pero menos es nada. Debes tomártelo con calma.

—¿Por qué han hecho esto conmigo? —preguntó Zobia con voz grave.

—Quizá porque no has sido muy buena. Te convenía una lección.

—Soy más útil en la Tierra que aquí —repuso ella.

—¿De veras? Una mujer de tu carácter debía sufrir una prueba ruda. Caer durante horas a través de la bruma es insuficiente. Esto templará tu corazón y lo obligará a latir.

—¡Yo tengo corazón, Nkanzi! —protestó Zobia, altiva.

—Sí, prefabricado, como tu aspecto. Recuerdo que tenías un hoyuelo en las mejillas que te favorecía mucho. Aniñaba tu semblante.

—Me lo hice quitar. La ingeniero jefe de la
M. D. C.
no podía parecer una mujer vulgar. Debes comprenderlo, Nkanzi —replicó Zobia, con dignidad.

—Sí. Quería verse rodeada de mujeres bonitas e inteligentes —agregó Ida, despechada—. Así se sentía superior. Yo no niego su capacidad intelectual, pero odio el vacío que tiene en el pecho, ¡ese agujero negro que le va hasta el cerebro, y por el cual le sacaron el corazón!

—¡Te equivocas, Ida! —protestó Zobia—. Tengo un corazón más grande que el tuyo. Y siento más que tú. Yo lo hice por amor, mientras que tú has actuado por egoísmo, por vanidad, por despecho…

—¡Bah! Palabras, señora Kloofs.

De pronto, Zobia se abalanzó sobre Ida, la agarró del cabello y tiró con fuerza. Ida golpeó a su atacante con el borde de la mano repetidas veces, pegándole en el cuello y en los brazos, para obligarla a soltarle el pelo.

Goro también saltó, a su vez, para sujetar a Zobia y retirarla, al mismo tiempo que Nkanzi hacía una llave de judo a Ida y la volcaba blandamente al suelo.

—¡Nada de peleas! —exclamó Nkanzi—. Se supone que somos personas civilizadas, aunque estemos en un mundo extraño.

—¡Ella ha empezado! —chilló Ida—. Es una alimaña dañina… ¡Aun aquí, donde carece de fuerza, pretende hacer daño!

Por su parte, Zobia se había refugiado en el pecho de Goro Harmo, como buscando protección. Sollozaba y él intentaba calmarla, acariciándole la cabeza.

—¡Qué grotesco es todo esto! —prorrumpió Nkanzi, disgustado —. Todos tenemos algo contra Zobia. Motivos suficientes para desear su muerte. Pero no le podemos hacer nada, ni siquiera abandonarla a su sino. Habrá de permanecer con nosotros mientras estemos aquí. Y, por tanto, nos comportaremos como seres humanos… ¡Como buenos amigos! Creo que esto es lo que se espera de nosotros. Juntos seguiremos las indicaciones que nos han dado hasta ver en qué terminamos. Ahora, Zobia Kloofs, deja de llorar. Y tú, Ida, no la mires con odio. Comamos antes de emprender la marcha hacia donde nacen las coloraciones… ¡Que el diablo sabrá dónde están!

* * *

Mientras comían, en silencio, el color rojo fue desapareciendo. La bruma se abatió de nuevo sobre el grupo, haciéndoles invisibles a los ojos de los demás Nkanzi dijo:

—Ya que no nos vemos, nos orientaremos por la voz. Mirad constantemente a vuestro alrededor. Hay que captar de qué lugar

vienen los cambios de luz. Creo que eso es lo que nos pide D. K.

—¿Dejamos aquí la caja de los alimentos? —preguntó Goro.

—Es mejor llevarnos lo que podamos. Aunque creo que no nos faltarán provisiones —respondió Ida.

Zobia, por su parte, no había despegado los labios. Sólo respondía con monosílabos cuando Nkanzi la interrogaba.

—¿Quieres algo más, Targa?

—No.

—No te vayas.

—No.

—Esperaremos a ver si se disipa la bruma. Yo…

—¡Eh, mirad a mi derecha! ¡Ya vuelve la tonalidad blancoverdosa! —prorrumpió Goro, excitado.

Nkanzi se volvió, viendo, en la densa bruma que les envolvía, una claridad indiscernible, como precursora de un nuevo amanecer en la caliginosa neblina.

—¡Es cierto! Es hacia allá donde debemos ir —manifestó Ida.

—Será mejor que nos cojamos de la mano —agregó Nkanzi—. Tomemos cuantas latas de conserva podamos llevar.

Provistos de vituallas, emprendieron la marcha. Nkanzi iba delante, seguido de Ida y de Goro Harmo. En último lugar, silenciosa como un espectro, avanzaba Zobia, hundida en sus tristes pensamientos.

De este modo, sin poder precisar el tiempo que transcurría, avanzaron por el desigual y blando terreno, ascendiendo y bajando ondulaciones, cada vez más envueltos en la clara tonalidad, hasta que emergieron del muro de vapor seco.

—¡Oh! —exclamó Nkanzi al ver el paisaje que tenían delante.

Era un terreno pardusco, dilatado, que iba a perderse en un horizonte montañoso, al parecer —¡montañas que cambiaban constantemente de forma, por ser nubes de gas negro!— y un cielo brumoso, claro, como formado por nubes de algodón hidrófilo muy compacto y endurecido.

También vio árboles de extrañas y retorcidas ramas, sin hojas, que surgían del suelo, como insólitos espectros fantasmales. ¡Árboles que iban cambiando de forma, que se extendían, alargaban, encogían… y terminaban por desaparecer en el suelo, como absorbidos por los poros de la tierra esponjosa!

Luego vieron que tales árboles no eran más que jirones de niebla, que iban adquiriendo extrañas formas. En realidad, la vegetación no existía en aquel mundo.

Pero si existía el agua. Precisamente, hallaron unas especies de colinas circulares, en forma de cráteres, como si la tierra esponjosa y blanda hubiese sido retirada por una explosión o un impacto meteórico, y en el fondo se veía un líquido verdoso, burbujeante y semi denso.

—Ése es el líquido en ebullición que debe de provocar la niebla —indicó Nkanzi—. Tened cuidado con caer ahí. Me temo que no saldríamos vivos.

—¿No es mejor comprobar de qué líquido se trata? —sugirió Goro Harmo—. No es difícil bajar al borde del agua.

—Bien, hazlo.

Goro descendió con precaución. El terreno inclinado se hacía más firme, a medida que se acercaba al agua en ebullición, si es que aquello era realmente agua. Pronto se convenció que, pese a su aspecto inofensivo en apariencia, pues hasta tenía un peculiar olor dulzón, el líquido verdoso era un poderoso corrosivo.

Al inclinarse, una punta de la toga de Nkanzi, que Goro llevaba colgando a la cintura, tocó el líquido y un vapor blanco se desprendió del agua. Al incorporarse, Goro vio que la punta del tejido había desaparecido.

—¡Eh, cuidado con esto! —gritó, retrocediendo—. Es un líquido desintegrante. Dame una de esas botellas, Ida Farrin.

Ida le lanzó lo pedido y Goro la tomó, acercándose de nuevo al borde de la burbujeante charca. Al introducir el plástico vitrificado en el líquido, se desprendió de nuevo vapor blanco, ahora en mayor cantidad…

¡Y Goro se quedó solo con el gollete de la botella en la mano!

—¡Uf, buen sitio para echarte de cabeza, señora Kloofs! —exclamó Goro, volviéndose hacia el trío que esperaba sobre el cráter.

—Por favor, Goro —reprochó Nkanzi, mirando de soslayo a Zobia y viéndola crisparse—. No debes decir eso. Convinimos en que…

—Lo siento, señora —se burló Goro Harmo, mirando a Zobia—. Era una broma. Además, tanto si volvemos a la vida como si no, ya

no estoy a tus órdenes. He sido destituido. No tengo por qué ofrecerte vasallaje. ¿Te importa que te tutee?

Goro alargó la mano hacia Zobia, y ella, sin pestañear, se la tomó, para ayudarle a salir.

Reanudaron la marcha, llevando las provisiones en las manos. Ahora no iban cogidos, pues se veía como si estuvieran alumbrados por la luz del día.

—Si acaso vuelve la niebla y avanzamos en la oscuridad, cosa que desapruebo después de ver los experimentos de Goro, sería conveniente eludir los montículos, tras los cuales pueden haber charcas corrosivas.

—¿Y si se abriera el suelo bajo nuestros pies y cayéramos en ese líquido infernal? —preguntó Ida Farrin, interrumpiendo a Nkanzi.

—No creo que morir sea peor de lo que ya estamos —habló Zobia, con amargura, siendo quizá la primera vez que despegaba los labios en mucho tiempo.

—Por si acaso, seamos prudentes. Creo que, tarde o temprano, saldremos de aquí. Sigamos en aquella dirección.

Sin poder precisar el tiempo, siguieron avanzando, sin cansancio, durante lo que a todos pareció largas horas.

Entonces es detuvieron y se dejaron caer a «tierra». Nkanzi dijo:

—Si es un astro rojo lo que produce esas coloraciones, que podemos llamar día y noche, estoy por asegurar que ha llegado la noche. De poder subir por encima de aquellas nubes, veríamos una puesta de sol impresionante.

—¿Crees que estamos en un planeta que gira sobre su eje? —preguntó Ida.

—No hay otra explicación —respondió Nkanzi—. Eses son los principios de la mecánica celeste. Principios inmutables. Es evidente que nos hallamos en un mundo cubierto de brumas. A veces, éstas se despejan, permitiéndonos ver el paisaje más monótono que ojos humanos hayan contemplado nunca. Pero se trata de un planeta que gira y se orienta a dos soles, uno blancoverdoso y otro rojo. Al distanciarnos de él, me refiero al punto donde nos encontramos, se vuelve de color más oscuro. Y luego viene el amanecer, claro otra vez.

—Sí, no hay duda —admitió Goro Harmo—. Explícanos ahora cómo hemos venido a parar aquí. Supongo que nos meterían en una

astronave y nos dejarían caer, quizá para librarse de nosotros. Yo era un difunto enojoso. Zobia, una mujer altamente ambiciosa; Ida, una muchacha encantadora, y tú, un condenado rebelde.

—Gracias por lo de encantadora —agradeció Ida con una sonrisa.

—No, eso no —denegó Nkanzi—. Pero creo que me has dado la idea. No para librarse de nosotros, ¡sino para acabar con nuestras diferencias y servir, al mismo tiempo, a la causa de la ciencia! ¿Sabéis quién es D. K., el que nos ha mandado los alimentos y la nota?

—¿Quién? —preguntó Goro, escéptico.

—David Kant… ¡Lo he comprendido de repente!

—En efecto —se oyó una voz entre las sombras rojas, a espaldas de ellos—, soy David Kant. El ingeniero Kota ha captado perfectamente mi influjo mental. Por eso están ustedes aquí.

Los cuatro se volvieron como rayos y se pusieron en pie.

Ante ellos, ataviado con su bata de hilo blanco, estaba el profesor David Kant en persona.

CAPÍTULO VI



avid Kant era un hombre de ciencia, conocido en todo el Universo, famoso por sus teorías y estudios acerca de los mundos infinitamente remotos, ¡pero no por esto incapaz de cometer una infamia!

En realidad, David Kant no era el verdadero instigador, sino su mujer, Kada Kant, una mujer que, puesta al lado de Zobia Kloofs, convertía a ésta en una ovejita inofensiva.

Sin embargo, el bien estudiado plan para cometer un asesinato que no fuese castigado, estaba mezclado con una extraña investigación científica que ya había dejado de serlo hacía tiempo, y que, naturalmente, el público ignoraba.

Todo empezó cuando Zobia Kloofs empezó a convertirse en una mujer famosa, tanto por su belleza como por su ingenio y grandes empresas. Kada Kant seguía con interés el ascenso de Zobia, y en su pecho anidó, desde el primer instante, un odio que no pudo controlar.

Luego, la situación pasó a sus manos cuando alguien filtró la noticia de que Zobia había sido estrangulada. Kada recurrió inmediatamente a su marido y éste accedió a la suplantación. Convencer al comandante Naik Dorji fue relativamente fácil, pues el jefe de orden público de Kloofs City se encontraba con una ingrata papeleta y con fuertes presiones que venían directamente de la Comisión de Gobierno de la Unión Política Europea.

Dorji acogió con los brazos abiertos la propuesta de suplantación, hecha con habilidad por David Kant, de modo que el asunto quedaba arreglado y se hacía un bien a la ciencia.

¡Bendito hubiese sido David Kant, si su plan no hubiera tenido una doble intención! Sencillamente, la de que Kada Kant, con los conocimientos de Zobia Kloofs, su cuerpo y su rostro, ocupara desde aquel momento, la jefatura de la empresa más importante del cosmos. Y esto ya lo había conseguido la pareja intrigante. Kada Kant suplantaba a Zobia con éxito. Nadie había advertido nada, pues la interesada había desaparecido.

Ida Farrin también era otra víctima, legal. Y Nkanzi Kota, cuyo doble ocupaba ya la oficina de El Cairo, también ignoraba todo aquello. El sosia de Nkanzi era un amigo de David Kant, un sujeto «manejable», y que se había sometido bien a la encefalotomía. Jamás pondría en duda ser el ingeniero que había desecado el Mar Negro, y sus conocimientos, extraídos de la memoria del propio Nkanzi Kota, eran fidedignos, tan ciertos como los del mismo Kota.

Sólo Zobia Kloofs se sentía inquieta. Y mucho más al descubrir que la habían empleado para un experimento científico. ¿No era ella, en la escala social, mucho más que un hombre de ciencia?

¿Por qué todo aquello? A su vanidad herida no podía contentársela con halagos y sonrisas. Había aceptado la situación de su encuentro en aquel mundo extraño y gaseoso con rebelde resignación.

Ahora, al ver al causante ante ella, su indignación se desbordó. Al ponerse en pie, se dirigió hacia David Kant con ojos centelleantes.

—¡Esto le costará muy caro, señor Kant! ¿Cómo se ha atrevido a raptarme y traerme a este mundo infernal? ¿Sabe usted bien quién soy yo? ¿Sabe que una sola palabra mía le costaría el ser confinado en un satélite aislado por el resto de sus días?

—Calma, señora Kloofs. Todo esto es legal —sonrió Kant, a la cada vez luz más roja—. Si me lo permiten, les explicaré lo ocurrido.

—¡Se lo exijo! —gritó Zobia, agresiva—. Pero antes reclamo ser conducida de nuevo a la Tierra. ¡Sus explicaciones habrá de darlas a un tribunal de justicia!

—Si no me deja usted hablar, tendré que callarme. —Kant volvió a sonreír, haciendo un gesto ambiguo con las manos.

Nkanzi se acercó a Zobia y la tomó por el brazo.

—Por favor, Targa. Veamos lo que tiene que decir el doctor Kant. Estoy seguro de que tendrá una explicación plausible que darnos.

—En efecto, la tengo. —David Kant habló con cinismo—. Ya habrán visto que el ingeniero Goro Harmo no está muerto, como ustedes creían. Atentó contra, su vida, es cierto. Pero nuestros agentes, los «colaboradores de la ciencia», le rescataron para nuestro servicio. Un hombre muerto no ayuda a nadie… ¡Y se mueren últimamente tan pocos hombres inteligentes!

—¡Es una lástima! —dijo Ida Farrin, en tono mordaz.

—Goro Harmo era el hombre que necesitábamos. La mujer debía ser usted, señorita Farrin. Para nuestra investigación era esencial una pareja.

—¿Qué investigación? —preguntó Nkanzi, perplejo.

—Luego lo sabrán. Ahora les explicaré el porqué les he elegido a ustedes.

—¡Sí, hágalo cuanto antes y terminemos de una vez! —apremió Zobia, malhumorada.

David Kant la miró con disgusto y prosiguió:

—Ida Farrin estaba condenada a perpetuidad en el Satélite «Zero». Algo arbitrario que molestó mucho al comandante Naik Dorji, por lo cual se prestó a secundar mi plan, cediéndome a la señorita Farrin en bien de la ciencia y deshaciendo así lo que ambos considerábamos una injusticia.

»Pero después pensé que un experimento tan costoso y complicado podía malograrse por falta de…

—¿De cobayos? —intervino Ida, mordaz de nuevo.

—Digámoslo así. Y, por otra parte, en la experimentación no podían emplearse personas medianamente inteligentes. La

M. D. C. nos proporcionaba a cuatro de sus mejores talentos para la prueba. Sugerí a Naik Dorji el introducir a la señora Kloofs y al joven Nkanzi Kota. Le prometí devolverlos a sus respectivos puestos curados por completo de ciertas anomalías de carácter…

—¡El anómalo será usted, doctor Kant! —exclamó Zobia, frenéticamente—. Yo no necesito que nadie modifique mi modo de ser. Soy como soy y creo que hago mucho más bien a la Humanidad que usted.

—Eso es muy discutible, apreciada señora —replicó David Kant, desafiante—. Pero no es ése el caso. Dejemos, digamos, sus pequeñas pasiones a un lado, y sigamos con mi disertación.

—Sí, prosiga. Estoy sobre ascuas —dijo Nkanzi—. Y tú, Targa, haz el favor de no interrumpir más.

—¿Es que mandas tú aquí, Nkanzi? ¡He sido atropellada y…!

—Dice el doctor que ha sido por tu bien. Óyele primero y juzga después. Se sensata.

—¡No puedo, me han ultrajado!

David Kant continuó, sin hacerle caso:

—El experimento de la transmutación de la materia orgánica es muy importante. Tengan en cuenta que un cerebro normal no tiene impulsos suficientes para la transmutación psíquica…

—¡Repita eso, por favor! —exclamó Ida Farrin.

—No creo que me entiendan. Se lo diré en el lenguaje corriente. Ustedes mismos, ayudados por mi cámara «telespsíquica», se han transmutado, en materia e intelecto, viajando del mismo modo que lo harían con el pensamiento. Éste es el método más rápido de traslación que se conoce y el más revolucionario.

»Deben saber que están en Elok-II, a cien trillones de años-luz de la Tierra. ¡Hemos logrado lo que, a partir de ahora, se llamará la “sicotransmutación”!

Los maxilares inferiores de los cuatro oyentes de David Kant cayeron, como desencajados, al oír aquella explicación. Por primera vez en su vida, Zobia Kloofs se sintió infinitamente empequeñecida.

—¡Cielo santo! —exclamó, asombrada.

E Ida Farrin le miró de un modo extraño. Jamás había oído en labios de aquella mujer, considerada como sin corazón, una invocación a la divinidad, y mucho menos producida por el asombro.

—¡Asombroso, doctor! —prorrumpió Nkanzi—. Pero ¿es cierto eso?

—Miren a su alrededor y verán la prueba. Este mundo está en formación. Sólo Dios sabe lo que saldrá de aquí, transcurridos algunos centenares de billones de años. Nos hallamos sobre una mole inmensa, de giro muy rápido, y escasa densidad. Aquí apenas hay atracción gravitacional, puesto que nos encontramos en los confines del cosmos. Esto se irá condensando lentamente, formándose la energía por compresión de la materia. Cuando ya no pueda condensarse más, el calor generado producirá el estallido y los fragmentos se esparcirán por el universo, formando nuevos mundos con núcleo central radiactivo. Surgirán soles y planetas que trazarán órbitas y se unirán a los mundos conocidos.

—¡Fantástico! —comentó Harmo—. Nkanzi tenía razón. El gas cósmico se ha ido condensando aquí, convirtiéndose en líquido. Y de la corrosión constante nace esta tierra esponjosa.

—En efecto. Esto, que podíamos llamar detritus gaseoso, está formado de pequeñas partículas radiactivas, inofensivas por contener sólo un átomo. Pero todas estas partículas se irán uniendo con la compresión. Nuevos gases irán afluyendo a este mundo, comprimiéndolo poco a poco hasta que ocurra lo que les he contado antes.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales, todos se miraron entre sí y luego a David Kant, confusos y aturdidos. El silencio fue roto por Nkanzi Kota, al preguntar:

—¿Y qué papel jugamos nosotros en todo esto?

—Ya les he dicho que para la «sicotransmutación» necesitaba personas de fuerte intelecto, Y ustedes lo son. Ustedes son mis testigos para la Academia de Ciencias de París. Han estado en un mundo remotísimo, al cual han llegado por medios propios e instantáneos.

Al decir esto, David Kant, pensaba: «Ya les he convencido. Ahora me obedecerán dócilmente. Sólo dos saldrán de aquí, y, naturalmente, Kada se enfadaría muchísimo si Zobia Kloofs fuese

uno de ellos. Creo que los más manejables son Goro Harmo y la señorita Farrin… Parecen comprender bien y admitirán que entre la niebla puede ocurrir un lamentable accidente. En cuanto a Nkanzi Kota, me parece peligroso… ¡Muy peligroso! Es mejor deshacerse también de él. Para confiarle, le haré partícipe de mis secretos».

* * *

Había llegado de nuevo la claridad blancoverdosa cuando David Kant se acercó al lugar donde descansaba Nkanzi, tendido en el blando suelo y mirando las blancas nubes que impedían ver el cielo. Nkanzi se preguntaba. ¿Qué habría detrás de aquellas nubes?

—¿Sabe usted lo que hay allá arriba, doctor?

—No, pero lo supongo. Tengo dos teorías. Una me indica que hay dos mundos, uno rojo y otro blanco, diametralmente opuestos, a los que he llamado Elok-I y Elok-II, que deben de estar situados a muchísima distancia. La otra teoría es la de un solo sol que se apaga y se enciende, como un faro…

—¿Un faro que indicase a los navegantes del espacio que allí termina el universo y que luego venía el dominio de Dios?

David Kant se estremeció al oír aquello. Era ateo, no convencido, claro está, y temía algo. Lo dicho por Nkanzi Kota, a la ligera, podía ser cierto.

Sin embargo, David Kant temía más a su mujer que a la existencia del Altísimo. Era preciso cerrar los ojos y seguir adelante.

—Quería hablarle de nuestro regreso a la Tierra, Nkanzi. Ya les dije anoche que es lo más delicado de la cuestión. La transmutación se ha de efectuar allí, para lo cual tengo a mi ayudante Long-Tsé convenientemente preparado. Pero ustedes han de ayudarme. Necesitaré unas condiciones ambientales propicias. Han de tener en cuenta que aquí no disponemos de cámara de transmutación. Para eso se requiere un compartimiento aislado de forma hermética.

—Comprendo. Y ¿qué solución ha previsto usted?

David Kant se sentó junto a Nkanzi, mirando, como distraído,

hacia donde estaban, también tendidos en el suelo blando, Ida, Zobia y Goro Harmo, este último hablando con la primera.

—El sueño es lo que más ayuda. Condiciones ambientales ya poseemos aquí cuando nos rodea la niebla negra. Es un fenómeno que desconozco, pero las pruebas anteriores que he realizado han dado resultado satisfactorio.

—Me ha parecido entender que ya estuvo usted aquí anteriormente, doctor Kant. ¿No es así?

—En efecto. Antes de atreverme a emplearles a ustedes, yo mismo me transmuté. ¡Jamás juego con la vida de mis semejantes! —afirmó Kant, en tono solemne.

—Targa… quiero decir la señora Kloofs, no opina de igual modo. ¿Y dice usted que alguien ocupa su puesto en Kloofs City?

—Naturalmente. Trabajo tan importante como el de la señora Kloofs no puede quedar abandonado. Una persona de mi entera confianza la sustituye.

—¡Hum! Encuentro eso muy arriesgado, aunque sea en aras de la ciencia —respondió Nkanzi—. Además, la suplantación es un delito.

—Bueno, quizás en pro de una gran causa, hemos bordeado la ley, no lo niego. Pero todo quedará arreglado a entera satisfacción de todos. La mujer que suplanta a la señora Kloofs desaparecerá, cuando ella regrese a la Tierra, y su cerebro quedará limpio.

—¿Así pues, emplearon con ella el procedimiento de la encefalotomía?

—Sí, mediante una técnica muy perfeccionada. —Contestó David Kant, cada vez más incómodo.

—En tal caso —siguió diciendo Nkanzi—. Si ponemos una al lado de otra a las dos mujeres, ¿cómo sabremos cuál es la verdadera? ¿Han practicado bien la cirugía plástica?

—Hay muchas mujeres que tienen el mismo aspecto físico, entre las grandes artistas. El copiar un rostro no es difícil ni delictivo.

—Según con qué objeto se haga, doctor —replicó Nkanzi—. Y yo no quiero, ni puedo, dudar de su honorabilidad, créame. Pero a veces ocurre que confiamos demasiado en nosotros mismos y algo se nos escapa. Entonces puede suceder un verdadero desastre. Imagine, como imagino yo, que, por circunstancias ajenas a su voluntad, no podemos regresar a la Tierra y nos quedamos aquí

hasta el fin de nuestra existencia. ¿Qué ocurrirá con nuestra doble existencia, allá, con las personas que nos suplantan? ¿También perderán su propia personalidad? ¡Claro que esto es cuestión de matices! Si el hombre que me sustituye a mí era un simple técnico, un hombre de un franco-oro mensual, debemos admitir que ha salido beneficiado, puesto que, al ocupar mi personalidad, estará cobrando cuarenta francos-oro cada mes.

»No es mucho el beneficio como para correr el riesgo de ser descubierto. Sin embargo, en el caso de Zobia Kloofs, la ambición puede ser grande… ¿Quién es la mujer que suplanta a la señora Kloofs?

David Kant se quedó pensativo. Ya había intuido él que Nkanzi Kota era un hombre peligroso. Ahora se acababa de convencer. Era preciso disipar aquella mala impresión y ganar tiempo para poder desembarazarse de Nkanzi y de Zobia.

—Es una persona de toda mi confianza, señor Kota —replicó David Kant—. Pero creo mejor reservarme su nombre.

—Le advierto que se hace usted sospechoso de maquiavelismo, permítame emplear calificación tan arcaica —declaró Nkanzi, muy tranquilo.

—¡No puede usted decir eso! Cuando volvamos a la Tierra, se disiparán sus temores, señor ingeniero —exclamó Kant, ofendido en apariencia.

—Eso espero. Mientras, procuraré estar prevenido, doctor. Y no es que desconfíe de usted, sino de las personas que pueden haberle inducido a este anómalo experimento.

David Kant se puso en pie y se alejó con altiva dignidad. Por vez primera se vio asaltado por una idea totalmente nueva. ¿Y si regresaba él solo a la Tierra y dejaba a los cuatro seres abandonados en Elok-II? Podría decir que fracasó en el experimento. O mejor, no diría nada. Nadie tenía por qué saberlo. Y si Long-Tsé se mostraba receloso, con deshacerse también de él, asunto concluido.

También estaba Naik Dorji, pero no era ninguna dificultad. Kada, desde su elevado puesto, podía encargase de él.

—No es mala idea. —Se dijo mentalmente—. Sí, Será mejor hacerlo así… ¡Que se mueran aquí! Con la riqueza de que dispone ahora Kada, jamás me faltarán medios para proseguir mis experimentos. No habré de mendigar ayuda a la Academia de Ciencias. Podré trabajar sin ayuda de nadie… ¡Y mis ideas habrán de ser aceptadas de hecho, sin discusión!

* * *

—Debo elegir el terreno adecuado para efectuar la transmutación —dijo David Kant a sus cuatro compañeros, cuando terminaron de comer—. Estudiaré un montículo y, si lo encuentro adecuado, realizaré una prueba.

—¿Con quién? —preguntó Nkanzi, muy serio.

—Con usted mismo, ingeniero Kota —replicó Kant—. Usted será el primero en volver a la Tierra. Así se le disiparán sus temores.

—De acuerdo. Vamos a buscar ese lugar. ¿No puede ser aquí mismo?

—No. Necesitamos niebla densa a nuestro alrededor. Es el único ambiente aislador que favorece la transmutación.

—Allí tiene usted toda la niebla que necesita —dijo Goro Harmo señalando hacia donde se alzaba el impresionante muro de brumas.

—Pues vamos allá. No es necesario que llevemos alimentos. Antes de que sintamos apetito otra vez, ya habremos regresado a nuestro remoto planeta.

—Estoy ansiosa por verme de nuevo en casa —dijo Ida Farrin, poniéndose en pie y tendiendo la mano para ayudar a levantarse a Zobia Kloofs, quien aceptó la gentileza de su secretaria con una forzada sonrisa—. Y dígame una cosa, doctor Kant. ¿Volveré al Satélite «Zero»?

Fue Zobia la que respondió:

—No, Ida. Volverás a tu puesto de trabajo. Te necesito. Me parece que en este experimento hemos ganado algo de humanidad. Tenías razón, y Nkanzi también. Los seres humanos también deben vivir de acuerdo con los dictados del corazón.

—¡Vaya, Targa, me admiras! —exclamó Nkanzi—. Jamás me he alegrado tanto en mi vida.

—Gracias —respondió Ida, algo triste.

Caminaron en pos del doctor David Kant. Goro Harmo iba junto a Zobia y algo más rezagados caminaban Ida y Nkanzi.

—¿La quieres aún, Nkanzi? —preguntó Ida en voz baja.

—¿A quién? —Él pareció no comprender, pero fingió muy mal.

—No te hagas el inocente, Nkanzi —replicó Ida agriamente—. Sabes a quién me refiero. Escucha, yo te amaba sin conocerte. Sólo había visto tu rostro. El día en que te vi en la base del Castillo de Naipes, en manos de los dos robots de la vigilancia, el mundo entero cambió para mí. Te confieso sinceramente que no me importaría quedarme aquí, a solas contigo.

—Gracias, Ida. Eres muy convincente. Pero, aquí, tu amor duraría poco.

—¡No quiero que te vayas con ella!

—Hace muchos años amé a Targa con toda mi alma.

—¡Pero ella te dejó! ¡Renunció a ti por conquistar una posición elevada!

—Sí, es cierto… Aunque ahora dice que todo lo hizo por mí, ¡y lo creo!

Ida chilló:

—¡No, Nkanzi! ¡Tú me quieres a mí! ¡No puedes dejarme! Me ofrecí a ti en cuerpo y alma, te lo di todo de corazón.

—No sé, Ida. Tal vez fuese por despecho y tú misma no te dabas cuenta… ¡Pero no sufras, ya hablaremos, de eso cuando regresemos a la Tierra!

—¡Eres odioso, Nkanzi! ¡Zobia Kloofs no ha cambiado, sólo finge, hasta que recobre su fuerza! ¡Ya te darás cuenta!

—No me mortifiques, Ida… Ven, apresúrate… ¡Ya han desaparecido entre la niebla! ¡Eh, doctor, espérennos!

Y lo curioso era que a través de la niebla no se percibían las palabras. El sonido no lograba atravesar aquel obstáculo gaseoso y denso.

Unos minutos después, Nkanzi Kota e Ida Farrin hubieron de admitir que se habían perdido de sus compañeros.

Capítulo VII

avid Kant no había ido a Elok-II por iniciativa propia. Su mujer le había inducido a hacerlo con un fútil pretexto. Le había dicho por visioteléfono:

—Has de ir a Elok-II, Dave. ¡Bajo ningún concepto, Zobia Kloofs debe volver a la Tierra! ¿Sabes que el Presidente Hoppner, en persona, me ha llamado para cerciorarse de si el asunto de mi secretaria Ida estaba solucionado? Se ha mostrado muy atento conmigo y me ha invitado a la recepción que dan la semana próxima en la Presidencia… Claro que he aceptado, no podía negarme. Acudirán grandes personalidades.

El doctor Kant se sintió satisfecho de que Kada hubiese ascendido tan rápidamente, aunque fuese por medio del engaño y la suplantación. Y dijo:

—Descuida, Kada.

—¡Por Dios, no me llames así! Soy Zobia. Habré de lavarte el cerebro a ti también, Dave. Haz lo que te digo. Ve a Elok-II y adopta las medidas más eficaces para que ella no vuelva más. Puede ocurrir un accidente, ¿comprendes?

—Sí, sí, descuida, amor mío.

¡David Kant ignoraba que su mujer tenía otros planes, en los que entraba la eliminación de todos los accidentales habitantes del fin del cosmos! ¡Y entre ellos estaba su marido!

Aquella misma noche, tomó un autobólido y se dirigió a la isla de Kazori, donde sólo se encontraba Long-Tsé. Kada conocía a la perfección la residencia de piedra de la colina, y hacia ella se dirigió, provista de una caja oblonga. Procuró no hacer ruido y la suerte le acompañó.

El ayudante de su marido dormía. Las instrucciones que había recibido de David Kant, antes de que éste emprendiera la «sicotransmutación», no le obligaban a estar en el laboratorio hasta transcurridas veinticuatro horas, a partir de las cuales, cada hora debía efectuar unos contactos en el tablero de control de la cámara de transmutación, hasta que volviera su jefe.

Todo esto lo sabía Kada Kant, quien ahora vestía igual que Zobia Kloofs, ¡y hasta su cuerpo y semblante eran exactamente iguales!

Kada se deslizó dentro de la casa, caminando con gran sigilo, y subió al laboratorio. Al llegar ante el cuarto de Long-Tsé, se detuvo a escuchar unos minutos a través del tabique.

Sonrió con expresión diabólica.

¡Era la máscara del diablo!

Poco después, Kada Kant depositaba su cajita oblonga bajo el tablero de control de instrumentos electrónicos, después de presionar un minúsculo botón.

—Dentro de cinco minutos —murmuró satisfecha—. Todo esto habrá desaparecido… ¡Y ninguno de ellos regresará de los confines del cosmos! ¡Que se pudran en aquel mundo! Yo gozaré de la vida aquí, en la Tierra, que bien me lo merezco. Ahora soy joven, bonita y poderosa. ¡Nadie puede oponerse a mis caprichos!

Kada se retiró del laboratorio igual que había llegado.

Descendió rápidamente de la colina, por el paseo de arena, y llegó a la playa, al punto donde había dejado el autobólido.

Estaba muy lejos, rumbo a Kloofs City, la maravillosa metrópoli suspendida sobre un mar destinado a desaparecer, cuando allá atrás, en la isla de Kazori, vio surgir una llamarada fugaz.

—¡Ya está todo terminado! Lo siento esposo mío, te haré levantar un monumento como víctima de la Ciencia… ¡Ja, ja, ja!

La risa de la demoníaca mujer quedó flotando en el aire, detrás del raudo bólido atómico. Era un genio del mal, de los pocos que quedaban ya en aquel siglo de progreso técnico.

¡Era la burla de la muerte!

* * *

Ida Farrin se alegró cuando Nkanzi se volvió hacia ella, desalentado.

—Han debido desviarse. Es precisó retroceder —le dijo, acercando mucho su rostro al de ella para poder verla bien a través de la bruma.

—Lo que tú digas, Nkanzi. ¡Pero te confieso que me gustaría no volver a encontrarlos más!

—¡No digas eso! ¿Cómo íbamos a salir de aquí? Sé razonable, mujer.

—Precisamente, lo he dicho por ser razonable. Te quiero, Nkanzi. ¡Te amo como nadie es capaz de amar! Y presiento que voy a perderte en cuanto regresemos a la Tierra. ¿Quieres a Zobia?

—No lo sé… Ven conmigo. No te separes de mi lado… ¡Y mucho cuidado con los montículos, puedes caerte en una charca corrosiva!

Ida guardó silencio, agarrándose con fuerza a la mano de él, para dejarse llevar entre aquellas tinieblas fantasmagóricas. Caminaba como entre sueños. Quería que no terminase nunca aquella marcha.

Por este motivo se dejó caer, de repente, lanzando un falso gemido.

—¡Aaay!

—¿Qué te ocurre, Ida? —exclamó él, volviéndose.

—Se me ha hundido el pie y…

Nkanzi se arrodilló junto a ella y deslizó su mano hacia el

tobillo, tratando de localizar la torcedura. Sus rostros estaban muy juntos y sus alientos se confundían. Ella le echó los brazos al cuello y le atrajo hacia sí.

—¡Te amo, Nkanzi!

Él sonrió y la abrazó también. Ida era una mujer tentadora. Sus besos tenían el maravilloso poder de hacerle olvidarse de la situación en que se encontraban.

Y hundió sus labios en los de ella, correspondiendo a la pasión que le ofrecían tan generosamente. Unidos en uno, enajenados, apenas si se dieron cuenta de que la bruma empezaba a disiparse…

Y mucho menos vieron a alguien que apareció entre aquella especie de humo blanco, y les contemplaba con un rictus de amargura en la boca. Era Zobia Kloofs y estaba sola. Se había separado intencionadamente de David Kant y Goro Harmo, desandando sus pasos para ver qué había sido de Nkanzi e Ida.

Su curiosidad estaba satisfecha.

La escena de amor que vio no podía ser más elocuente. Y Zobia sintió el corrosivo dolor de los celos. Ella, que alardeaba de no tener corazón, era la más apasionada de las mujeres.

¡Un odio intenso hacia la pareja la cegó!

Pero, mordiéndose los labios, dio media vuelta y volvió a perderse entre las brumas.

* * *

—Señora Kloofs —llamó David Kant, volviéndose.

Nadie respondió. El doctor se volvió a su inmediato seguidor, el único que estaba a su espalda.

—Ingeniero Harmo, ¿dónde está Zobia Kloofs?

—Pues… ¡Creí que venía detrás de mí! ¡Señora Kloofs!

Las llamadas de los dos hombres resultaron inútiles. A los pocos minutos de lanzar gritos en todas direcciones, Goro se encaró con David Kant.

—¡Es inútil! No se puede oír nada a más de seis pasos. ¿Qué hacemos?

Contrariado, Kant murmuró:

—¡Hay que volver a buscarles! Estará con Nkanzi Kota y la señorita Farrin… ¿Por qué se han rezagado?

—¡Hay que encontrarlos! ¡Vamos, desandaremos el camino!

—Pero ¿cómo vamos a saber por dónde hemos venido? Entre esta niebla se puede estar dando vueltas en círculo durante horas y no salir nunca de aquí. Déme la mano. No se separe de mi lado.

Así, como un ciego y su lazarillo, David Kant y Goro Harmo caminaron entre las brumas, sobre el suelo blando y esponjoso, y temiendo ambos que, de un momento a otro, pudiera faltarles el apoyo y cayeran en una de las temibles charcas de líquido corrosivo.

—Esto estropea mis planes —se quejaba David Kant, con desaliento—. Ya es casi la hora de efectuar la prueba. Mi ayudante Long-Tsé debe de estar preparando la cámara de transmutación para recibirme.

—¿Qué debe hacer usted? —preguntó Harmo.

—Dormirme, sencillamente. Pero en el lugar más denso de la niebla. Tengo que relajarme por completo y forzar mi mente al sueño transmutable.

—¿En qué consiste eso?

—Es un poco complicado, ingeniero Harmo. Y no debía decirlo a nadie. Pero…

—¿Cómo que no debe decirlo? ¡No podríamos salir de aquí!

David Kant se detuvo y se volvió.

—Sí, tiene usted razón, ingeniero Harmo. Detengámonos aquí mismo. Creo que éste es el lugar ideal. Usted me ayudará a conciliar el sueño, hablándome de largos viajes.

Perplejo, Goro se sentó en tierra, junto a David Kant, al que apenas veía, pese a lo cerca que se hallaban uno de otro.

El científico se tendió en el suelo, sobre el que se removió hasta que su cuerpo se adaptó perfectamente a él.

—Observe, ingeniero.

En su mente, David Kant pensaba: «Sólo volverán Harmo y la señorita Farrin. Yo me ocuparé de esto. Los controlaré desde mi laboratorio. Serán mis testigos ante la Academia de Ciencias. Y tomaré medidas para que apoyen mis declaraciones… ¡Nkanzi Kota y Zobia Kloofs no volverán!».

En voz alta dijo:

—Estoy pensando en que me duermo y que voy a emprender un

largo viaje a través del cosmos. Así predispongo mi mente a la transmutación psíquica. ¿Comprende usted?

—No del todo, doctor. ¿Y desaparecerá usted de aquí en mi presencia?

—En efecto. Eso ocurrirá cuando esté completamente concentrado en sueños y
Long-Tsé
haya preparado la cámara para recogerme. Antes habrá trazado unos canales hiperlumínicos por donde se trasladará la materia de mi cuerpo.

—¡Es asombroso, doctor! Estoy impaciento por verlo.

—Seguramente no nos volveremos a ver hasta que estemos todos en la Tierra. En cuanto yo haya desaparecido, busque a los demás y dígales lo que yo he hecho. ¿De acuerdo? Si no vienen ustedes antes de veinticuatro horas, yo regresaré a buscarles.

—De acuerdo, doctor Kant.

—Voy a dormirme. Mi ayudante ya debe de haber establecido los contactos.

Goro Harmo tocó el rostro de David Kant, comprobando que había cerrado los ojos.

—Duérmase, doctor… ¡Concéntrese bien!

—Sí, ya me duermo… Me siento muy cansado… Tengo sueño… Quiero viajar por el infinito, volver a mi laboratorio… Tengo mucho sueño, muchísimo sueño… Ya estoy dormido.

Goro retiró la mano del cuerpo de David Kant, pero se inclinó tanto sobre él, para mirarle el rostro, que la bruma no ofrecía ninguna dificultad para poderlo ver con claridad.

Y, en efecto, David Kant sé durmió, respirando acompasadamente.

En aquel mismo instante, Goro sintió un pie descalzo que tropezaba con el suyo, lo que le hizo lanzar una exclamación.

Se puso en pie de un salto y preguntó con gran inquietud:

—¿Quién…?

Ante él, muy triste, estaba Zobia Kloofs.

—¡Oh, ingeniero Harmo! Me alegro de verle… —empezó a decir ella.

—¡Chisst! No hable fuerte. En el suelo está el doctor Kant, en estado de trance.

—¿Vuelve a la Tierra?

—Eso espera. Me ha explicado lo que debemos hacer nosotros. ¿Dónde están Nkanzi e Ida?

Zobia tardó unos minutos en responder, luchando con un nudo aglutinante que se le había formado en la garganta.

—No lo sé —dijo al fin—. No los he visto.

—Tendremos que buscarlos cuando el doctor Kant haya desaparecido —comentó Harmo—. Ahora no se separe de mí. Hemos de hacer todo lo posible para no volvernos a separar.

—Sí —dijo ella, en voz queda.

Se sentaron en el suelo, a escasa distancia de donde estaba tendido David Kant y permanecieron en silencio unos minutos, mirando el cuerpo inmóvil.

—¿Cuántos minutos deben pasar, ingeniero Harmo? —preguntó Zobia, al fin, indicando al doctor.

—No lo sé. ¿Acaso importa el tiempo aquí? Observemos. Debe desaparecer de un momento a otro. Se desintegrará aquí para integrarse en su laboratorio de la Tierra.

—¿Y no puede ser peligroso?

—¿Qué quiere que le diga? Él sabe mejor que nosotros lo que hace.

—Tengo miedo, ingeniero Harmo —murmuro Zobia—. Presiento que algo saldrá mal y…

—¿Y qué? —preguntó él, ante la vacilación de ella.

—Podemos morir.

—¡Bah! ¿Qué importa eso? Entre la vida y la muerte sólo hay un reducido tránsito. Yo, en realidad, ya estoy muerto. Mi intención se ha cumplido. Si salgo de aquí, posiblemente, me suicidaré otra vez.

—No. Le devolveré el puesto que ocupaba. ¡Y ahora le ruego que me perdone el mal que le hice, ingeniero Harmo! Estaba demasiado ciega por él… ¡Me han acusado de ser fría y calculadora, cuando soy todo lo contrario! ¡Amaba a un hombre, de quien tuve que separarme por bien de los dos! Y ahora que podía unirme a él…

—¿Ahora, qué? —preguntó Goro Harmo con un hilo de voz.

—Ahora, él quiere a otra.

—Me parece muy bien. Targa le abandonó, casándose con un hombre al que no quería, por mejorar de posición…

—¡La posición de los dos! —gritó Zobia—. ¿Quién cree que

pagaba sus estudios? ¿Quién le hizo entrar en la
M. D. C.
? ¿Quién le asignó los trabajos en los que podía lucirse y escalar más fácilmente los mejores puestos?

—Todo era puro egoísmo —dijo Harmo—. ¿O acaso era altruismo sabotear mis trabajos para darle el puesto a él? Así, Nkanzi Kota se apuntaba un éxito en el Mar Negro y otro en la canalización del delta del Nilo… ¡Bah, Zobia, encuentro todo eso muy mezquino! Y Nkanzi lo encuentra igual que yo.

»Usted sabía que éramos amigos, ¿no?

—Lo había olvidado. Conoce una a tanta gente. Son muchos millones de hombres los que trabajan a mis órdenes. Hay muchos nombres iguales.

—Sí, es cierto —admitió Goro Harmo—. Y, casualmente, su secretaria se enamora del hombre que amaba. ¡Una desafortunada circunstancia!

—Yo creí que era por despecho hacia mí. Pero ella no podía saber lo que hubo entre Targa Wandi y Nkanzi Kota… ¡Sí, ingeniero Harmo, ha sido una larga serie de desafortunadas circunstancias! Empiezo a comprender dónde está mi culpa. Por eso rectificaré… Si es que aún puedo hacerlo.

—El bien que haga a los demás, Zobia Kloofs, repercutirá en sí misma. Puede estar segura de eso… Parece que el doctor Kant no logra su propósito. Apuesto a que algo anda mal. Ya lleva así más de quince minutos, si es que no se me ha borrado la sensación de tiempo.

Zobia se levantó, para acercarse al cuerpo postrado.

—¿Debemos despertarlo? —preguntó.

—No, aguardemos. Podíamos hacer algo mal. Es mejor armarse de paciencia. No tenemos prisa. El caso es salir de aquí.

Se volvieron a sentar. Y poco a poco, la niebla fue aclarándose y retrocediendo, hasta dejarles al descubierto. Los fantasmagóricos árboles blancos iban desapareciendo ante ellos, absorbidos por el suelo esponjoso y ávido.

Y también pudieron ver a Ida Farrin y Nkanzi Kota, cogidos de la mano, que caminaban sobre aquella ondulación pardusca.

—¡Mírelos, allí están! —exclamó Goro Harmo, poniéndose en pie y llevándose las manos a la boca—. ¡Eh, Nkanzi, Ida, aquí!

La otra pareja se volvió a mirarles. Inmediatamente, con un gesto de la mano, Nkanzi, seguido de Ida, se dirigió hacia donde ellos estaban.

—Hemos tenido suerte —dijo Nkanzi desde cierta distancia—. Os llamé cuando desaparecisteis entre la bruma, pero nadie me contestó. Luego, no hemos hecho más que buscaros, procurando no alejarnos mucho.

Zobia no quiso mirar a Ida ni a Nkanzi, y mucho menos pareció alegrarse de verlos. Aún tenía en la mente la imagen vista minutos antes a través de unos jirones de brumas poco densas.

¡Los celos seguían royendo su pecho!

—¿Qué hace el doctor Kant? —preguntó Nkanzi.

Goro Harmo explicó a su amigo la conversación sostenida con David Kant, no omitiendo ni la menor palabra, para terminar:

—Y ahí lo tienes. Ya hace bastante rato que se durmió, asegurándome que le vería desaparecer, pero nada… ¡Sigue dormido con la tranquilidad de un santo!

—¿Estás seguro de que duerme, Goro? —preguntó Nkanzi con voz excitada.

Se inclinó sobre la postrada figura y puso el oído sobre su pecho. Luego tomó una de sus manos, ante la ansiedad de sus tres compañeros; cuando levantó la cabeza, su expresión era inescrutable.

Con voz ronca, Nkanzi Kota musitó:

—Este hombre está muerto.

CAPÍTULO VIII


a noticia cayó como una bomba entre el grupo formado por Goro Harmo y las dos mujeres. Un cúmulo inmenso de pensamientos hirvieron en sus mentes, atropellándose unos a otros y sacando deducciones antes de haberse formulado las ideas completas.

Un caos mental, en pocas palabras.

—¡Muerto! —repitió Zobia Kloofs, estremeciéndose de frío en aquel ambiente donde no existían cambios climatológicos.

—¡Que Dios nos asista! —murmuró Ida Farrin, santiguándose.

—¡Imposible! —exclamó Goro—. Pero si hace un instante hablaba conmigo… Se durmió dulcemente.

—Quizá, el esfuerzo mental requerido para concentrarse le afectó el corazón… ¡Pero está bien muerto! Y aquí no tenemos medios para devolverle la vida. Dentro de pocos minutos, si no se le inyecta suero revitalizador, se iniciará el *rigor mortis* y todo habrá terminado para él.

—¡Hemos de hacer algo! ¡Ese hombre tiene que vivir, al menos hasta que nos saque de aquí! —gritó Zobia Kloofs, aferrándose desesperadamente al brazo de Nkanzi—. Es espantoso pensar lo que será de nosotros, abandonados en este mundo hostil y desierto… ¡Moriremos sin remisión, después de horribles padecimientos!

—No será preciso llegar a eso —dijo Goro Harmo filosóficamente—. Sé de un medio para acabar nuestros sufrimientos de un modo rápido.

—¿La charca de líquido corrosivo? —preguntó Ida Farrin, temblando.

—¡Haced algo! Dad masajes a ese hombre, reanimarle… ¡No es quedéis aquí cruzados de brazos!

—Es inútil —repitió Nkanzi—. Está muerto y no podemos hacer nada en absoluto. Vámonos.

—¿Adonde? —preguntó Goro.

—Al lugar donde dejamos la caja con las provisiones. Hemos de hacer inventario de las vituallas que poseemos —respondió Nkanzi —. Eso es lo más práctico. Así sabremos cuánto tiempo nos queda de vida.

—¡Virgen santa! —exclamó Zobia—. Esto es inaudito. ¿Es que no hay modo de salir de aquí?

—Sí, durmiéndose y concentrándose en un sueño fantástico. Sólo así, y en caso de que cierto
Long-Tsé
, que para nosotros se ha convertido de pronto en un milagroso dios, haya preparado los canales de transmutación, podremos regresar a la Tierra.

—Y si nos dormimos… ¿Nos pasará lo mismo que al doctor Kant? Preguntó Ida Farrin, transida de angustia.

—¡Es lo más seguro! —terminó Zobia Kloofs, dejándose caer de rodillas junto al cuerpo de David Kant, el cual zarandeó con violencia unos minutos, hasta que Nkanzi y Goro la retiraron.

—¡Así no conseguirás nada, Zobia! —gritó Nkanzi—. Has de serenarte.

—¡No puedo serenarme! ¡No puedo escuchar a nadie! ¡No puedo hacer nada! ¡Esto es una locura, una tremenda locura, un mal sueño! Pero yo necesito despertar de él y regresar a mi puesto. Tengo que hacer grandes obras… ¿Quién fue el miserable que ideó

esta abominable maquinación? ¿Quién? ¿Fue alguno de vosotros? ¡Decídmelo, y le arrancaré los ojos con estas manos!

»¿Has sido tú, Ida Farrin? ¡Responde! ¿Has sido tú?

Antes de que nadie pudiera evitarlo, Zobia se arrojó al cuello de Ida, atenazándole la nacarada garganta y apretando sus largos dedos con la furia de la desesperación.

Ida dejó escapar un grito ronco y se debatió, sin fuerzas, para escapar a la tenaza de Zobia, que parecía haber perdido el juicio.

Por fortuna, Goro y Nkanzi reaccionaron rápidamente y, no sin recurrir a todo su vigor varonil, lograron apartar a Ida de las manos de Zobia.

Goro sujetó a esta última, mientras Nkanzi sostenía a Ida, que se había desmayado.

—Es lo más absurdo que puede sucedernos —se lamentó Nkanzi —. ¿Por qué no contienes tus impulsos, Targa? Siempre has alardeado y demostrado ser una mujer fría. ¿A qué viene esto?

—¡Suélteme, Harmo! ¿O fue usted, desde la muerte, quien inventó el modo de traernos aquí para vengarse de mí?

Ahora, Zobia se revolvió en brazos de Goro y le pegó en el rostro con los puños cerrados.

Nkanzi hubo de dejar a Ida en el suelo y acudir en defensa de su amigo, quien, evidentemente, no se atrevía a replicar a la agresión, limitándose a cubrirse el rostro con los brazos para evitar el castigo de la desquiciada Zobia.

—¡Basta ya, Targa! ¡Tranquilízate o…!

—¿O qué? —barbotó Zobia, volviéndose agresiva hacia él.

Nkanzi dejó las contemplaciones a un lado. De un golpe directo a la mandíbula de Zobia la hizo caer al suelo sin sentido. Era el único modo de concluir aquella enojosa escena.

—¡Diablos! —exclamó. Goro—. ¡Cómo se pone!

¡Parece una fiera!

—Déjala que se le pase. Yo atenderé a Ida. Cuando se haya recuperado, nos iremos.

—¿Y qué hacemos con el doctor Kant?

Nkanzi vaciló, frotándose el mentón.

—No sé, Goro. Pero no creo que haya modo alguno de devolverle la vida. Será mejor enterrarle. No le vamos a dejar ahí, de cualquier modo.

—Está bien, yo lo haré. Es fácil excavar una fosa en esta tierra blanda.

Así, mientras Nkanzi frotaba el cuello de Ida, para devolver la circulación de la sangre, amén de rozarle suavemente las sienes, el otro se arrodillaba cerca de donde yacía David Kant, ya con la palidez de la muerte en el rostro, y empezaba a arrancar la tierra a puñados. Era fácil aquella labor. Daba la sensación a Goro de estar cogiendo puñados de polvo de paja, sin peso ni tacto. Infinidad de partículas brillantes iban apareciendo a medida que arañaba la tierra parda.

Y de pronto, cuando menos lo esperaba y sin ningún indicio previo de humedad, un líquido verdoso empezó a llenar el fondo de la tierra escarbada.

Y un grito aterrador se escapó de la garganta de Garo Harmo. Un alarido bestial, aterrador, ¡casi infrahumano!

Nkanzi Kota se volvió raudo y vio a Goro, de rodillas ante la zanja, levantando las manos… ¡o lo que quedaba de ellas, pues los dedos habían desaparecido!

Del fondo de la zanja ascendió una columna de humo blanco.

—¡Goro! —gritó Nkanzi, poniéndose en pie de un salto y echando a correr hacia su amigo.

—¡Aaaaagh! ¡Mis manos!

Nkanzi no pudo acercarse a Goro. Vio, con inmenso horror, cómo las manos seguían deshaciéndose, ascendiendo por las muñecas la misteriosa desintegración, como si todavía estuvieran sometidas a la acción corrosiva del espantoso líquido.

También, a los pies de Goro, el suelo se fue moviendo, haciéndose más grande la zanja, subiendo sus paredes de tierra en círculo, para formar un cráter como los que antes habían visto conteniendo el maléfico corrosivo.

—¡No me toques, Nkanzi! —Fue lo último que pudo gritar Goro, dominado por el intenso dolor de sus manos amputadas.

Luego cayó de rodillas, dentro del cada vez mayor cráter, y una gran humareda de niebla blanca se alzó del suelo. Cuando ésta se disipó, ascendiendo hacia el cielo, Nkanzi, que no se había movido del sitio donde había quedado al iniciar la carrera hacia su amigo, y donde ahora estaba como petrificado, pudo ver que Goro Harmo había desaparecido.

El montículo seguía haciéndose mayor, cada vez más despacio.

En aquel instante, Ida Farrin abrió los ojos y emitió un apagado gemido. Nkanzi se volvió hacia ella, con el rostro demudado, y gritó:

—¡Ida, Goro ha sido devorado por ese líquido infernal!

Ella no respondió, sacudiendo la cabeza, sin comprender, como si estuviera aún aturdida. Miraba a Nkanzi, luego a la postrada Zobia y por último al cuerpo de David Kant.

—No… no… no… —murmuraba Ida.

—¡Goro ha muerto! ¡Ya no está aquí! ¡Era horrendo ver cómo desaparecían sus manos, convirtiéndose en bruma! ¡Oh, Ida, vámonos de aquí!

La ayudó a levantarse y se alejaron unos pasos. Pero, de pronto, Ida se detuvo y se volvió, para mirar a Zobia.

Él sacudió negativamente la cabeza.

—¡No, claro que no! Yo la llevaré.

Volvió a donde yacía Zobia y la levantó en sus brazos. Anduvo unos pasos, sintiendo sus pies hundirse más de lo normal en la tierra blanda. Y el pánico se apoderó de él. Por un instante, creyó que iba a ver desaparecer sus pies, corroídos por el líquido que afluía bajo la tierra esponjosa.

—¡No, así no! —gritó, volviendo a depositar a Zobia en el suelo.

Ida acudió a su lado y le sujetó. Nkanzi temblaba como un azogado.

—Hemos de esperar a que se recobre —dijo él, haciendo un esfuerzo por serenarse—. Temo volverme loco, Ida… ¡No resistiré todo esto!

—Ánimo, si hemos de morir, que sea los dos juntos, Nkanzi… ¡Dios mío, esto parece una verdadera pesadilla!

—No lo parece, ¡lo es, Ida! ¡Lo es! Ningún ser humano en su sano juicio ha podido concebir algo más horripilante. ¡Debías haber visto a Goro!

—Pues me alegro de no haberlo visto. Por la impresión que te ha causado, me imagino cómo habrá sido. ¡Oh, aún me duele el cuello! ¡Me apretó con fuerza…! ¿Qué le ha ocurrido a Zobia?

—Está trastornada a causa de tantas emociones. ¡Es que todo esto es muy capaz de acabar con los nervios del ser más templado! Esperemos, Ida. Aún puede haber alguna esperanza para nosotros.

* * *

Cuando Zobia abrió los ojos pareció no recordar nada. Estuvo unos segundos mirando a Nkanzi y a Ida, a ésta con más fijeza. Luego, lentamente, se incorporó.

—¿Te sientes mejor, Zobia?

Ella no replicó a la pregunta de Nkanzi. Miró a su alrededor y observó la tonalidad rojiza que iba adquiriendo la bruma cada vez más próxima.

—Ya viene el sol rojo —comentó Ida.

—¿Qué te ocurre, Zobia?

—Me pegaste, ¿verdad? —preguntó ella, con voz extraña.

—No tuve más remedio. Parecías enloquecida.

—¿Y Goro Harmo?

Nkanzi tardó en contestar, sosteniendo la inquisitiva mirada de Zobia. Cuando, al fin, respondió, lo hizo con voz triste, apagada:

—Ha muerto, Zobia. Estaba haciendo una zanja para enterrar el cadáver del doctor Kant, cuando el agua destructiva se filtró a través del suelo y le desaparecieron las manos. ¡Fue algo horrendo! Gritaba cómo un poseso. Luego cayó de rodillas y… Su cuerpo debió de convertirse en bruma.

Zobia no respondió. Había escuchado impasible. Ni un músculo de su rostro se alteró.

—Hemos quedado los tres solos, Zobia. Estoy dispuesta a olvidarlo todo, pero hemos de ayudarnos mutuamente. No sé cómo podemos salir de aquí, pero permanezcamos juntos hasta el fin —terminó diciendo Ida Farrin con voz emocionada.

—Es fácil hablar así, teniéndole a él, Ida —repuso Zobia, con acento carente de matiz, como si fuese la voz de un robot—. Tú tienes a Nkanzi, y yo no tengo a nadie. Toda mi vida he trabajado y luchado, esperando que, algún día, Nkanzi y yo estaríamos juntos, compartiríamos el éxito de mi triunfo. Ahora…

—¿Tanto le quiere usted? —preguntó Ida conmovida.

—Sí, le quiero tanto que ya no estoy segura de que sea amor sincero —replicó Zobia en el mismo tono impersonal de antes.

—¡Dejad esa conversación! Pensemos en el modo de salir de aquí. Goro me explicó lo que le dijo Kant antes de morir. Podríamos intentar dormimos y concentramos en el sueño.

—¿Para que nos ocurra lo que a él? —preguntó Ida, trémula.

—¡Peor de lo que estamos, ya no podemos estar! —exclamó él, con desaliento—. Hay que hacer algo.

Zobia Kloofs es puso en pie. A la luz roja que les envolvía ya, su aspecto era el de una diosa exótica y misteriosa, alumbrada por los invisibles focos de un fuego sagrado.

Miró con fijeza a Nkanzi y le preguntó:

—¿Has dejado de quererme, Nkanzi? Dime la verdad.

Ida contuvo el aliento, mirando también intensamente al rostro de él. La pregunta no podía ser más directa. Y de la respuesta podían depender sus vidas… ¡su salvación o su muerte!

Como Nkanzi no se decidía a contestar, Ida intervino:

—Contesta, Nkanzi. ¿La quieres a ella…? ¿O a mí?

—Hace poco os vi juntos, abrazados —habló de nuevo Zobia—. Sé que Ida es bonita y también sé que te quiere. Siempre lo he sabido. Pero nunca he estado segura de tus verdaderos sentimientos, Nkanzi. Y necesito una respuesta concreta.

—Está bien, te la daré, Zobia. Yo quise a Targa Wandi, a la mujer que había entregado mi corazón, y con la que pensaba abrirme camino en la vida, no importaba cuáles fuesen los obstáculos. Y sufrí tanto cuando Targa me abandonó que me juré no amar nunca más a ninguna mujer. Si he roto mi juramento, ha sido por algo más fuerte que yo mismo… ¡Ida Farrin debió de embrujarme! ¡A ti no te amo, Zobia; simplemente, te compadezco!

Hubo unos segundos de absoluto silencio, durante los cuales, ninguno se movió, como sospesando la declaración de Nkanzi Kota, en la cual había vibrado la sinceridad.

—Gracias, Nkanzi —dijo Ida, acercándose a él y agarrándose a su brazo.

—Sí, yo también te doy las gracias, Nkanzi. Ahora, permitidme que me aleje un poco. No iré muy lejos. Quiero estar sola conmigo misma. He aprendido demasiadas cosas importantes en muy poco tiempo.

Zobia dio media vuelta.

Él quiso levantarse, pero Ida le contuvo, musitándole al oído:

—Déjala, mi vida. Creo que es mejor así. Volverá más tranquilizada. Mientras, podemos descansar. En cuanto se disipe esta niebla roja hemos de regresar a donde dejamos la caja de los

alimentos. Creo que, bien administrado todo aquello, tendremos para algunos meses.

—Temo que sea para algo más —dijo él.

—¿Por qué?

—Porque o mucho me equivoco o pronto vamos a quedarnos nosotros dos solos.

—¡No! ¡Ve a detenerla! —gritó Ida, de pronto, al comprender las palabras de él.

Nkanzi Kota, a pesar de su advertencia, no se movió.

—No —dijo—. Que sea la voluntad de ella. De todos modos, tarde o temprano, nosotros habremos de hacer lo mismo.

Ida se estremeció, mas no replicó. Luego, abrazó a Nkanzi, hundiendo su rostro en el pecho desnudo de él.

—¡Mi vida, qué infortunio! —musitó de todo corazón.

* * *

Zobia Kloofs se alejó unos pasos y luego se detuvo. Bajo la intensa claridad rojiza que lo envolvía todo, las partículas brillantes del suelo parecían como múltiples estrellas en un cielo escarlata.

Tenía la sensación de hallarse en Phobos, el satélite de Marte, cuando el planeta rojo asomaba su media luna iluminada. La coloración era casi la misma. Había estado allí, en Phobos, algunos años antes. Y entonces se sintió dichosa, todo lo contrario de lo que se sentía ahora, en
Elok-II
.

Entonces, Zobia acababa de regresar de Marino City, la enorme metrópoli de la Unión Política Americana, donde le habían transformado por completo el aspecto físico de su cuerpo y rostro. Una operación que valía medio millón de francos-oro y con la que esperaba sorprender a Nkanzi Kota cuando llegase el momento de enfrentarse con él.

¡Ahora había llegado el momento de separarse definitivamente de él!

La situación no podía ser más distinta. Él había elegido a otra mujer. Quizá había hecho bien. Pensándolo con detenimiento, ella le dejó sin darle explicación alguna. ¿De qué podían servir las

palabras cuando el cerebro ha dictado un camino inflexible?

De nada.

Pero todo se paga. Y Zobia pagaba ahora con su propio corazón. Un corazón al que había renunciado durante ocho años. Y un corazón que se vengaba, dañándola con más fuerza que si hubiese recibido el golpe de una daga. Porque el acero le partiría en dos, matándolo a ella y a él, mientras que el dolor interior la hería constantemente, sin matarla a ella.

—Ha sido por mi culpa… Todos tienen razón. ¿Qué importa ya volver a Kloofs City? ¡Aquel lugar sería horrible sin la caricia de un sueño que se ha disipado!

Lentamente, envuelta en sombras de fuego, Zobia se dirigió hacia donde yacía, aún insepulto, el cuerpo de David Kant. Allí, ante él, se detuvo otra vez, reflexionando tristemente.

Ya ves, amigo mío. Tu ciencia te ha matado. A mí me ha matado mi amor, lo que más quería en este mundo. ¡Y es que, en el fondo, estamos hechos de barro, alentados por Dios con su divino soplo! Unos quisieren ser más que Él y han recibido el justo castigo. ¿No es así, si es que puedes oírme, dondequiera que estés en espíritu?

»Y como ya no deseo seguir soñando, iré en busca del ingeniero Harmo. Él, a su modo, ha encontrado el verdadero camino. Fue una víctima… ¡Y yo, su verdugo! Pronto seremos los dos iguales.

Zobia empezó a subir por el pequeño montículo que se había formado con el trágico trabajo de Goro Harmo, Pensó en echar el cuerpo de David Kant antes de arrojarse ella al líquido corrosivo, pero se encogió de hombros, con indiferencia.

—¿Para qué? —se preguntó—. Él ya tiene lo suyo. Quizá vino a buscar eso a este mundo extraño y distante, al parecer. ¿Qué más da estar ahí, envuelto en brumas rojas, o devorado por un líquido que destruirá mi corazón y todo mi ser? ¡Ya no tengo esperanza! Si al menos pudiera dejarme llevar por la mente, como he hecho siempre…

»Pero no, ya es tarde para todo… ¡Demasiado tarde!

Estaba de pie sobre el montículo circular. Abajo, hervía, burbujeante, el agua corrosiva, que ahora no era verdosa, sino rojiza, como todo lo que rodeaba a Zobia.

Un instante después, cerrando los ojos, la escultural mujer se dejaba caer, rodando unos instantes, para desaparecer

instantáneamente dentro del charco voraz.

Una densa niebla roja ascendió hacia el cielo…

* * *

Sin embargo, aquellos seres perdidos en un mundo ignoto, no conocían la voluntad de la Divina Providencia. O, mejor dicho, eran instrumentos de ella.

Y aunque pueda parecer un contrasentido, los que buscaron la vida en Elok-II, hallaron la muerte. ¡Mientras que los que anhelaron la muerte, como fin a sus desdichas, habían de volver a la vida!

¡Así había estado escrito durante cientos de milenios!

¡Y así se cumplió!

CAPÍTULO IX



ong-Tsé
no había muerto cuando el laboratorio de David Kant pareció desintegrarse a causa de la tremenda explosión. Estaba durmiendo cuando reventó el muro con espantosa violencia y le echó encima del lecho de espuma uno de los paneles corredizos que formaban las puertas, de tal suerte que el duro material, compuesto de una aleación de aluminio y tungsteno, fue a quedar sobre él, apoyado en el muro contrario y la tremenda ola de fuego le pasó por encima sin tocarle.

Fue preciso, no obstante, que
Long-Tsé
hiciera un gran esfuerzo, una vez repuesto del susto consiguiente, para zafarse del parapeto que le había salvado de la onda explosiva y la oleada de fuego que le siguió.

Luego, aturdido, el ayudante de David Kant salió a lo que

quedaba del pasillo. Su primer pensamiento fue para el laboratorio, pues sabía que de él dependían las vidas de cinco personas, entre ellas la de su jefe.

Como pudo, entre los humeantes escombros, se acercó al laboratorio. Las llamas salían de allí con violencia, al haberse cebado en las instalaciones electrónicas, convirtiendo aquello en una especie de pequeño e irascible volcán, al que no había modo de acercarse.

Al poco tiempo, los autobólidos del Servicio de Bomberos se oyeron aullar sobre las ruinas de la residencia de piedra de la colina. En la ciudad de Kazori se habían dado cuenta del desastre y acudían con urgencia.

—¡Es inútil entrar ahí! —se dijo Long-Tsé —. No sé lo que le va a ocurrir al doctor Kant… ¡Oh, esto es horrible! ¡Debí de cometer algún error!

Pronto, los bomberos con sus trajes de amianto irrumpieron en la casa, obligando a Long-Tsé a retirarse y cubriéndolo todo con espuma.

Un oficial de bomberos se hizo cargo de Long-Tsé, quien, en su aturdimiento, no acertaba a componer las palabras, diciendo, entre sollozos:

—¡He tenido yo la culpa, señor! ¡Y todos morirán por mí! ¡Todos…! ¡No habrá modo alguno de reintegrarlos a la vida!

—¿Cuántos eran? —preguntó el oficial, anotando en un bloc de hojas de celulosa.

—Cuatro y el doctor Kant… ¡Pobre doctor! ¿Por qué se fió de mí? ¡Soy un inútil!

—Los nombres de los otros… ¡Tranquilícese, hombre! ¡Intentaremos rescatarlos, si es que aún están con vida! —El oficial se alejó unos pasos, hacia un grupo de bomberos, que descendían de una plataforma volante, empuñando grandes mangueras—. Parece ser que había cinco hombres dentro. ¡Id con cuidado!

—No, dentro… Long-Tsé se contuvo de pronto. Recordó la advertencia del doctor Kant acerca

de que, bajo ningún concepto, podía revelar el nombre y la identidad de las cuatro personas sujetas al experimento.

—¿Qué decía usted, amigo? —El oficial se volvió a Long-Tsé.

—Nada, nada, señor… ¡Necesito algo que me tranquilice!

Varios sanitarios acudieron a una llamada del oficial, y Long-Tsé fue atendido, llevándole hacia un heliodisco-ambulancia que había a cierta distancia, en un repecho de la colina.

Le examinaron y auscultaron, comprobando que no sufría el menor daño. Sin embargo, un médico ordenó su traslado al hospital, para un examen más detenido.

En efecto, en el hospital de Kazori, Long-Tsé fue examinado de nuevo durante una hora. Al final, el médico que le atendió le dijo, sonriente:

—Le felicito, amigo. A juzgar por la explosión, debió ser algo gordo. Y usted ha escapado ileso. ¿Había alguien más?

—¡No, no! —se apresuró a contestar Long-Tsé—. Estaba yo solo. Ahora, si me lo permiten, debo irme.

—No olvide pasar por el puesto de bomberos. Debe usted prestar declaración, si no hay otro testigo —le recomendó el sonriente médico.

—Sí, sí. Iré.

Sin embargo, Long-Tsé no fue al depósito de bomberos. Se escurrió por las calles, buscando el modo de poner la mayor distancia posible entre él y la autoridad.

Y tuvo suerte, pues nadie se fijó en él. Se refugió en un café restaurante, ocultándose en un reservado, en el que pidió un refresco y algo de comida. Era muy tarde y estaba poseído de un extraño nerviosismo.

—Debo hacer algo —se decía—. Pero el laboratorio ha quedado destruido. ¿Cómo hacer volver al doctor Kant y a los otros? ¡Oh, Dios mío, ayúdame! ¿Qué hago?

Mesándose los cabellos,

Long-Tsé
se dijo que debía consultar con alguien. Pero también rechazó este pensamiento. No podía revelar el secreto a nadie. Cuando volviera David Kant, ¡si es que era posible hacerle volver!, se enojaría mucho.

—¿Y si consulto con la señora Kant? Ella está enterada de todo. Precisamente sustituye a la señora Zobia Kloofs durante su ausencia. ¡Sí, eso haré! Claro que no preguntaré por la señora Kant, como es natural.

Sin pensarlo dos veces,
Long-Tsé
salió del reservado y se dirigió a una cabina pública de visioteléfonos. Allí, se encerró por dentro, introdujo una pequeña moneda y pidió comunicación con la señora Kloofs.

La respuesta se la dio un feo robot que apareció en la pantalla visora.

—¿Quién es? ¿Qué desea? Hable, por favor.

—Quiero ver a la señora Kloofs. Es urgente. Mi nombre es
Long-Tsé
. Ella me conoce.

—Un minuto, por favor. No desconecte.

El robot desapareció de la pantalla. Long-Tsé esperó un minuto que le parecieron horas, hasta que una voz sonó en el altavoz, esta vez sin aparecer ninguna imagen:

—La señora Kloofs se ha retirado a descansar. Llamen mañana, por favor.

Y la comunicación se cortó.

* * *

Long-Tsé
regresó a la destruida casa de la colina al día siguiente. Se aseó en un hotel, limpió sus ropas, y, ya más sereno, decidió examinar el laboratorio por si aún se podía hacer algo. No estaba enterado exactamente de cómo funcionaban los controles de la cámara de transmutación. Sin embargo, se dijo, y estaba convencido de ello, que sin examinar lo que había quedado, nada era posible hacer ni resolver.

Así pues, se acercó con sigilo a la colina y contempló desde unas rocas los restos calcinados de lo que había sido la residencia de piedra del doctor David Kant. Vio algunos curiosos merodeando por allí, aunque el fuego había sido extinguido por completo.

Frunció el ceño ante aquel imprevisto. Era preciso esperar a que la gente se marchara. Y también vio, con mayor desconcierto, una pareja de agentes de orden público, con su clásico uniforme negro, vigilando.

Huraño, Long-Tsé regresó a Kazori, entró en un café y esperó hasta las horas nocturnas. Cuando el sol artificial iluminó el cielo, Long-Tsé regresó a la colina. Vio con alivio que los curiosos habían desaparecido, pero, no así la vigilancia.

Sin embargo, observándolos durante largo rato, vio que se dedicaban a dar paseos arriba y abajo del camino enarenado, sin acercarse mucho a la casa. Y esto le hizo suponer que podría entrar por la parte trasera, sin ser visto.

Decidido, avanzó con cautela, procurando no dejarse ver y buscando todos los refugios naturales del terreno, hasta alcanzar los ennegrecidos muros. Luego, como un cazador furtivo, penetró entre los escombros. Por todas partes brillaba la espuma lanzada el día anterior para combatir las llamas. Vio que los bomberos habían apuntalado algunas paredes, pero no encontró dificultad en llegar al piso bajo, donde había estado el laboratorio.

El corazón se le cayó a los pies al ver la ruina en que se había convertido el lugar. Habían cascotes por todas partes, hierros retorcidos y cubiertos de hollín, maderas, cables, aparatos destrozados.

¡Y los tableros de control hiperlumínico habían desaparecido!

Sin embargo, medio cubierta por los escombros calcinados, la gran cámara de transmutación, gracias a su enorme blindaje, estaba intacta, aunque cubierta de derribos, piedras, tabiques y cascotes.

Una idea le vino a la mente.

—¿Y si el doctor Kant está ahí dentro? ¿Y si ha vuelto mientras yo dormía, antes de producirse la explosión?… ¡Creo que no me será difícil abrir la compuerta! Habré de trabajar de firme, y puede

que me descubran, si hago ruido. Pero vale la pena intentarlo.

Sin vacilar más, Long-Tsé se puso a retirar piedras y objetos de la gran puerta de la cámara. Procuró no hacer ruido, moviendo los objetos y piedras cubiertos de espuma con cuidado.

Después de varias horas de trabajo agotador, Long-Tsé , con el corazón latiéndole desacompasado, vio la puerta despejada y el volante metálico, aunque algo torcido y negro, dispuesto para ser girado.

—¡Quiera Dios que esté ahí el doctor Kant! —se dijo.

Inmediatamente, empujó con fuerza la gran rueda, sintiendo cierta resistencia. No obstante, ésta cesó pronto y la compuerta empezó a ceder, abriéndose despacio, al girar sobre sus goznes.

La luz del sol artificial penetraba indirectamente a través del tabique roto y Long-Tsé miraba con ansiedad por la juntura de la compuerta, como esperando ver aparecer la familiar figura del doctor Kant, con su habitual bata blanca.

Al fin, la compuerta se abrió del todo, y Long-Tsé pudo mirar dentro de la cámara, en el centro de la cual estaba la camilla… ¡Y vio dos cuerpos humanos tendidos trasversalmente en ella!

¡Los reconoció en el acto!

Un grito se escapó de su boca, mezcla de júbilo y de sorpresa. Dijo:

—¡La señora Kloofs y el ingeniero Goro Harmo! ¡Cielo santo! ¿Qué significa esto? ¿Dónde está el doctor Kant?

Aturdido, Long-Tsé penetró en la cámara, libre por completo de los efectos de la explosión de veinticuatro horas antes, y examinó a los dos cuerpos de un modo superficial. No vio nada anormal en ellos. Parecían estar dormidos y respiraban con tranquilidad.

Al tocar el rostro de Zobia Kloofs, la sintió moverse y luego la

vio abrir los ojos. Dos cuencas aceradas se fijaron en él.

¡Y un grito espantoso surgió de labios de Zobia Kloofs, al verle! Long-Tsé
retrocedió asustado.

* * *

—¡Pobre Zobia! —exclamó Ida Farrin.

Estaban sobre el montículo del cráter, mirando al agua burbujeante y verdosa. La coloración rojiza del cielo había desaparecido y ya la luz blancoverdosa lo invadía todo. Incluso se habían retirado las brumas, volviendo a reinar la claridad.

Lejos, quizá más de lo que ellos estaban acostumbrados a ver normalmente, las montañas de brumas seguían transformándose en sus extrañas convulsiones.

—Yo más bien diría pobres de nosotros, Ida —musitó Nkanzi, abrazando a la muchacha por el talle.

—¡Vámonos de aquí! Regresemos a donde están las vituallas. Debemos seguir viviendo, Nkanzi.

—¿Por cuánto tiempo, amor?

—El tiempo que sea. Una hora, un día… ¡No importa! Estamos juntos y debemos seguir así. Tal vez ocurra algo.

—¿Y qué hacemos con David Kant? —preguntó Nkanzi, indicando el cuerpo rígido del doctor que yacía al pie del montículo.

—No tengo valor para echarlo ahí dentro. Sería una especie de sacrilegio, ¿no crees?

—Sí, vámonos pues. El suelo blando ha dejado huellas de nuestros pasos. Iremos a donde están las provisiones.

Se alejaron andando despacio y sin volver ni una vez la cabeza. Ante ellos se dilataba aquel paisaje monótono, sembrado a trechos de blancos árboles fantasmas, que recordaba algo de la pintura contorsionada de los informalistas del siglo XXI. ¡Árboles vivientes, que nacían y desaparecían gracias a las palpitaciones de un suelo líquido, cubierto por aquella sustancia parecida a tierra y de muy poca densidad!

—Es triste todo esto, Ida.

—Sí, mucho. Da pena pensar que habremos de morir aquí.

Siguieron caminando otro trecho en silencio. De pronto, él se detuvo.

—Dime, Ida, ¿me quieres de verdad?

—¡Con toda mi alma, Nkanzi!

—Estás dispuesta a todo lo que te pida.

—¡Estoy dispuesta a ir contigo hasta la muerte, si me lo pides, vida de mi alma!

Él la miró con fijeza y movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Eso es lo que quiero pedirte. ¡Muramos juntos, cuanto antes mejor! ¿Para qué prolongar esta agonía triste? ¿No han muerto ya ellos? ¿Qué podemos hacer aquí nosotros, lejos de nuestra galaxia, de nuestra Tierra?

Ella tardó en responder. Había bajado los ojos al suelo y se había abrazado con fuerza al pecho de él, sollozando.

—Sí. —Dijo, al fin—. Tienes toda la razón, Nkanzi. Pero…

—Pero… ¿qué, Ida, amor mío?

—Abrázame con fuerza… Quiéreme con toda tu alma… Y cuando ya no pueda ver nada, ¡échame a una de esas charcas del infierno!

Él la abrazó, besándola con toda la pasión que había en su corazón joven. Luego, de aquel modo, fue empujándola hacia uno de los montículos que abundaban en torno a ellos.

Frenéticamente, tapándole el rostro con el suyo, obligándola a mantener los ojos cerrados a fuerza de pasión, iniciaron el ascenso hacia la cima del pequeño cráter.

—¡Mi vida…! ¡Adiós para siempre! —exclamó él.

Y empujó al mismo tiempo a Ida con su cuerpo, haciéndola caer de espaldas y con un suave chapoteó en aquel hervidero de muerte, a juzgar por lo que creían ellos.

¡Y que, en realidad, no era más que el medio, el único medio de volver a la vida!

Porque la explicación que les diera el doctor David Kant no fue más que un engaño. Él sabía bien cuál era el medio de regresar a la Tierra: ¡la descomposición de la materia, producida por la inmersión en el líquido corrosivo!

Luego se producía una transmutación instantánea por los canales hiperlumínicos ya establecidos. Todo lo sabía David Kant, pero supo aprovecharse del infundado temor que las dos parejas sentían hacia

las charcas salvadoras, para apartarlos de ellas, fingiendo una comedia con Goro Harmo, en la que perdió la vida, por una descarga de hiperluminación, ya que, en el momento en que fingía dormir, su mujer, a distancias fabulosas de allí, había hecho estallar el laboratorio y una descarga se transmutó instantáneamente a través del cosmos, paralizándole el corazón.

En su primer viaje por medio de la «sicotransmutación», envuelto en brumas, sin ver nada, David Kant había caído en una charca corrosiva. Su despertar fue en la cámara de transmutación de la cual había salido poco antes.

Nuevas experiencias le confirmaron la teoría.

Mas David Kant ya no divulgaría más teorías.

¡La última había sido guardada en secreto!

La de su muerte insólita.

* * *

Los dos agentes de la vigilancia acudieron inmediatamente al escuchar, aquel grito espeluznante. Saltaron por encima de las piedras y penetraron en el edificio en ruinas a tiempo de ver a
Long-Tsé
salir corriendo, como si hubiese visto resucitar a un muerto.

—¡Es el hombre que nos dijo el oficial de bomberos! —gritó uno de los agentes vestidos de negro—. Sujétale, Kork.

Pero
Long-Tsé
no tenía intenciones de huir. Por el contrario, al ver a los dos hombres, corrió hacia ellos, como buscando protección.

—¡La mujer…! ¡Ella fue la que gritó! ¡Me miró como si estuviera loca!

—¿Quién es?

—La señora Zobia Kloofs, la ingeniero jefe de la
M. D. C.

—¿Eh? —exclamaron los dos hombres a un tiempo.

—Sí, el ingeniero Harmo está con ella. Sus gritos le habrán despertado.

—Venga con nosotros —ordenó el llamado Kork.

Llevando a

Long-Tsé
sujeto del brazo, los dos agentes avanzaron entre los escombros hacia donde había estado el laboratorio. Allí pudieron ver a Zobia Kloofs hablando muy excitada a Goro Harmo, que no dejaba de mirarse las manos, dándoles vueltas ante sus ojos.

—¡Increíble, señora Kloofs! ¡Esto es increíble!… ¡Mire, la policía!

—¿De veras que no soñaba usted lo mismo que yo? —preguntaba Zobia, agarrando a Harmo de los brazos—. ¡Hable, por el amor de Dios!

—Ya se lo he dicho. Arañaba el suelo para enterrar a David Kant y surgió aquel líquido verde. Mis manos desaparecieron. Loco de terror, me dejé caer en la charca. Y ahora me encuentro aquí.

—¡Yo también me eché en una charca!

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó Kork—. ¿Pueden explicármelo?

—¡Eso es lo que quisiéramos saber nosotros! Me llamo Zobia Kloofs y deseo ser conducida inmediatamente ante sus jefes. Tengo que hacer unas declaraciones importantes. ¡He sido raptada contra mi voluntad! ¡De esto se enterará hasta «*Herr*» Hans Hoppner!

Por vez primera, los dos agentes empezaron a sentirse incómodos. No era la primera vez que escuchaban el nombre de Zobia Kloofs, y oír la facilidad con que ella mencionaba el nombre del Presidente de la Unión Política Europea no contribuía a sosegarles mucho.

—Con mucho gusto la llevaremos al Centro de Orden Público de Kazori, señora —habló Kork, muy comedido—. Usted vendrá también con nosotros. ¿Cuál es su nombre?

—Soy el ingeniero Goro Harmo. Y no pienso moverme de aquí. ¿Me oyen?

Zobia se volvió, asombrada, a Harmo.

—¿Qué…? —Se interrumpió, comprendiendo instantáneamente—. ¡Claro, ya pensé en ellos! ¡Aún están en aquel mundo maldito! ¿Qué podemos hacer?

—Si han de volver más —habló
Long-Tsé
—. Lo primero y más esencial es cerrar la compuerta. No comprendo cómo han podido regresar, estando todo esto destruido.

Sé que se accionan unos canales hiperlumínicos, pero desconozco su funcionamiento… ¡Y más ahora que han desaparecido! ¡Si volviera el doctor Kant!

Harmo no respondió, pero ayudó a Zobia a empujar la compuerta. Los dos agentes y
Long-Tsé
les ayudaron también. Cuando estuvo cerrada, Zobia miró a Harmo. Por vez primera, una esplendorosa sonrisa apareció en sus jugosos labios.

—¿Cree usted, Harmo, que se darán cuenta?

—No lo sé. Tal vez apuren hasta la hiel, y pasen días sin decidirse.

—¿Y no pueden morir de inanición y agotamiento, cuando acaben los alimentos? —insistió ella, temerosa.

Harmo sacudió la cabeza.

—No creo a Nkanzi capaz de eso. Me consta que está enamorado de Ida.

—A mí también. ¡Fue por eso por lo que me lancé a la charca! Nkanzi me habló claro.

—¿Llegasteis, a ese extremo?

—Sí. No había más remedio. Él la eligió a ella. Siguió el impulso de su corazón, y no se lo reprocho.

—Entonces, con más motivo habrán buscado una solución rápida. Quedarse allí, dejando pasar los colores del cielo y la bruma, es una descomunal tontería. ¡Lo harán!

—¡Y se salvarán! —terminó Zobia.

Mientras duró esta charla rápida. Los dos agentes y
Long-Tsé
escucharon cada vez con mayor estupor. En honor a la verdad, no entendían ni una sola palabra. Al fin, Kork, dijo:

—¡Están como cabras! Llamaré el jefe —al decir esto, pulsaba un diminuto conmutador de su reloj de pulsera, que luego se llevó a la boca, para solicitar—: Por favor, señor Lume, tenga la bondad de venir cuanto antes.

Pero Zobia le hizo un gesto rápido, diciendo:

—Hagan el favor de avisar al comandante Naik Dorji, de Kloofs City.

—¡Y que ordenen el arresto inmediato de la mujer que está

suplantando su puesto! Sospecho que nos dirá cosas muy interesantes si podemos hurgar en su doble recuerdo.

—Sí, háganlo. Yo soy la verdadera Zobia Kloofs y puedo demostrarlo… ¡Y si le cuesta el cargo al comandante Dorji, peor para él! ¡Por inepto!

* * *

Fue preciso abrir la compuerta más de diez veces en veinticuatro horas. Al fin, cuando Goro Harmo y Zobia Kloofs, ante la escéptica y paciente mirada de un grupo de agentes que habían acudido a la llamada de Kork, abrieron la puerta por undécima vez, todos lanzaron una exclamación de asombro.

—¡Oooooh! ¡Inaudito! —dijo un comandante de Orden Público —. ¿Son ellos?

—¡Sí, gracias a Dios! —gritó Zobia, abrazando a Harmo—. Tenía usted razón, ingeniero.

Luego, los dos, transportados en gozo, penetraron en la cámara, para reanimar a Nkanzi Kota y a Ida Farrin, que yacían sobre la camilla con los brazos colgando y sin conocimiento.

Epílogo

Ida Farrin abrió los ojos, viéndose, con asombro, abrazada nada menos que por Zobia Kloofs, quien reía y lloraba, exclamando:

—¡Qué alegría más grande, Ida! ¡Lo veo y no lo creo!

—Pero… ¿dónde estoy?

—En la Tierra. Hemos vuelto todos, menos David Kant. ¡Ha sido como una pesadilla real, de la cual volvemos a la vida! ¡Y me he dado cuenta de muchas cosas! Quiero que me perdones, Ida.

—Pero… No sé… ¿Y Nkan…?

Nkanzi se recobró en aquel instante, al ser agitado por Harmo. Ida, al verle, se lanzó hacia él, echándole los brazos al cuello y gritando:

—¡No hemos muerto, Nkanzi! ¡Estamos vivos! ¡Y Zobia está aquí! ¡Goro Harmo, también! ¿No me ves, Nkanzi, amor?

El estupor de Nkanzi era todo un poema. Miraba rápidamente a todos los hombres y mujeres que le rodeaban. Como un niño asustado, se dejaba abrazar por Ida, murmurando:

—No es posible… ¡Era un sueño!… ¡No es posible! ¿Dónde estoy ahora? ¿Qué hacen aquí todos estos agentes?

—¿Y el doctor David Kant? —preguntó Long-Tsé, asomando la cabeza sobre el hombro de Ida, y mirando estúpidamente a Nkanzi.

—¿No está muerto?

—Me temo que David Kant no volverá más —habló Zobia, atrayendo la atención de todos los reunidos en la cámara—. Su muerte debió ser real. ¿No le echasteis a ninguna charca, Ida?

—No, le dejamos allí, tal y como estaba.

—Entonces, me temo que no le volveremos a ver nunca más.

Ahora, ya podemos irnos. Dentro de algunos días os explicaré mi teoría sobre todo lo que nos ha sucedido. Ahora, regresaremos a Kloofs City. Tenemos que aclarar bastantes puntos oscuros.

—¿Y estas ruinas? —preguntó Nkanzi, mirando a su alrededor —. ¿Qué lugar es éste?

—Aquí estuvo hasta hace dos días el laboratorio del doctor David Kant, muerto en aras de la ciencia.

Salieron todos del destruido laboratorio y fueron a donde esperaban los autobólidos de la policía. Al subir a uno de los vehículos «tierra-aire», un oficial de Orden Público se acercó a Zobia e, inclinándose ante ella, dijo:

—Nos comunican de Kloofs City que la mujer ya está detenida. Está prestando declaración. El comandante Naik Dorji también ha hablado. Al parecer, hasta ulteriores investigaciones, tiene una participación bastante indirecta de los hechos Se le ha sometido a un examen encefaloscópico. En fin, cuando llegue usted allá, se enterará mejor. Es todo cuanto sé, señora.

—Gracias, oficial. Muy reconocida.

El agente fue a decir algo más, pero vaciló, enrojeciendo. Zobia comprendió que había algo más y preguntó:

—¿Quería decirme algo?

—Sí, señora. Pero delante de tanta gente…

—Llámeme dentro de unos días a Kloofs City. Le atenderé… Y si desea algún puesto en la

M. D. C.

, cuente con él.

—¡Gracias; gracias, señora! Era eso precisamente. Soy…

—Ya me lo contará luego. Gracias a usted por todo y adiós… Vamos… ¡Eh, Ida, ya tendrás tiempo de besar a tu prometido!

* * *

Dos días después, en el amplísimo y moderno despacho de la ingeniero en jefe de la

M. D. C.

, Ida Farrin, Nkanzi Kota y Goro Harmo se reunían ante la mesa de una radiante y quizá mucho más bella Zobia Kloofs. Ida y Nkanzi estaban sentados en el mismo reclinable, cogidos de la mano. Ida

vestía ya de negro y llevaba un grueso aro de jade verde en la muñeca, igual que Nkanzi.

—Toda la culpa la tuvo esa infeliz de Kada Kant. Ya tengo la información completa —decía Zobia a sus tres oyentes—. Su desmedida envidia la llevó a inducir a su marido al crimen. Y luego, por medio de una pequeña carga atómica, destruyó el laboratorio, creyendo matar a su marido y a
Long-Tsé
. De este modo se quedaba sola y al frente de mi empresa. No era una mujer talento, pero mientras permanecimos inconscientes, David Kant nos hizo, a Nkanzi y a mí, una concienzuda escefalotomía, y nuestros suplantadores podían desenvolverse con facilidad.

—No creo que a mí me hubiese engañado —dijo Ida.

—Posiblemente, no. —Replicó Zobia—. Pero Gabriela Asweir se tragó el anzuelo con caña y todo. Lo único que le llamó la atención era que Kada Kant no llamase a «Brito-G». Estoy por decir que le temía. La perspicacia de mi robot calculador no habría pasado por alto la suplantación, y Kada Kant lo sabía.

—¿Y quién me sustituyó a mí? —preguntó el ingeniero Nkanzi.

—Un estudiante vulgar y sin importancia. Hicieron con él un trabajo fullero de cirugía plástica. Una chapuza, cicatrizada a toda prisa. Por suerte, en El Cairo no te conocían muy bien, Nkanzi.

—Y ahora, ¿cómo crees tú que volvimos de
Elok-II
, estando, como estaba, destruido el laboratorio del profesor Kant?

—Esto no lo sabremos nunca. Long-Tsé y algunos hombres de ciencia, apoyados y financiados por mí, intentan reconstruir la residencia de piedra de Kazori. Probarán a rehacer el laboratorio, pero dudo que lo consigan. Sin embargo, estoy por decir que el control hiperlumínico trazó unos canales invisibles en el espacio —¡y quizá a través del suyo recibió la muerte David Kant, pues falleció, según mis cálculos, poco más o menos, en el instante de estallar su laboratorio!— y esos canales no fueron destruidos. Debían quedar indemnes basta nuestro regreso.

»Es evidente que David Kant alentó en nosotros el temor a las charcas, y que la explicación del sueño para regresar a la Tierra, que dio a Harmo, era falsa como muchas de sus teorías. Era un

pobre intrigante. Un buen sabio, quizá, pero un mal hombre y un instrumento débil en manos de su esposa.

—¿Qué harán con ella?

—Ha sido internada a perpetuidad en el Satélite «Zero»; allí donde debías estar tú por haberme quitado lo que más quería en esta vida —terminó Zobia sonriendo con cierta amargura.

Todos se quedaron serios bruscamente. Sin embargo, Zobia se echó a reír, despejando aquella bruma invisible.

—¡Bah, no os pongáis así! Soy vuestra madrina de bodas, Ida y Nkanzi. Además, tengo un excelente secretario… ¡Y no pararé hasta haberlo conquistado como Ida conquistó a Nkanzi!

Zobia hablaba mirando a Goro Harmo, quien replicó, sonriendo también:

—Te será mucho más fácil que a ella, Zobia. Te lo garantizo. Ya tienes mi promesa formal de matrimonio.

El coro de risas fue general.

De pronto, entre las carcajadas, se encendió el recuadro de la pantalla fonovisora 3D y el gracioso semblante de Gabriela Asweir apareció en la imagen.

—El comandante Naik Dorji desea verla, señora Kloofs.

—¿El comandante Dorji? —preguntó Zobia—. ¡Que se vaya a Elok-II
! ¡No deseo verle! ¡Es un estúpido!

—Muy bien, señora. —A la vez, Gabriela miró a Ida y le guiñó un ojo—. Felicidades, Ida.

—Gracias, nena. ¡Estás muy guapa!

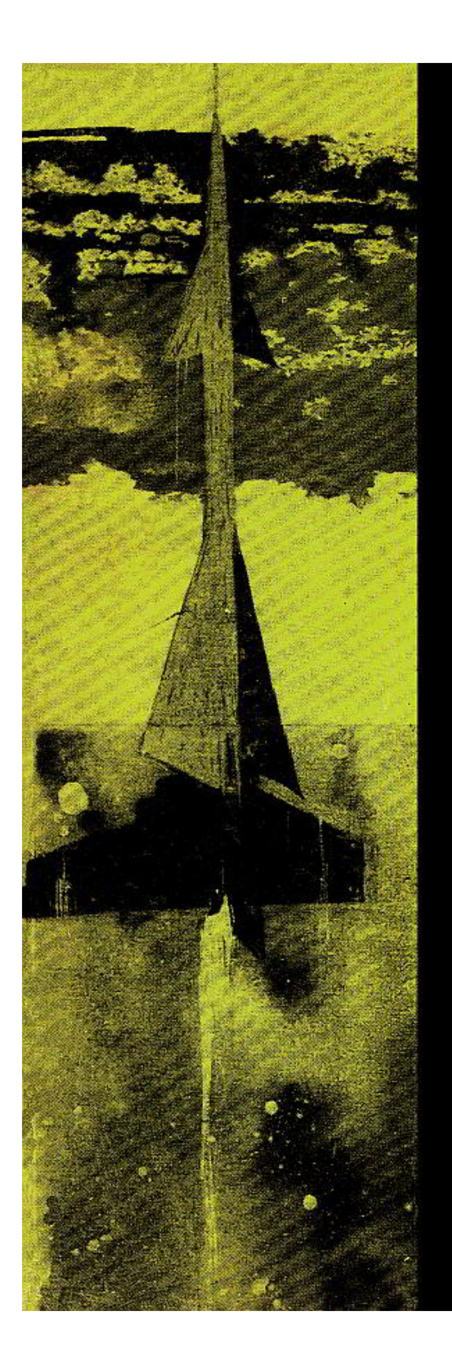
Zobia cerró la comunicación de un manotazo.

—¿Qué es esto de emplear mi intercomunicador particular para enviarse cariñitos? ¡Fuera de aquí los novios! ¡Idos a Phobos y veréis un bonito cielo rojo!

»Tú, Harmo, quédate. Hablaremos de eso… ¿Quieres?

—Sí —respondió Harmo, mientras Ida y Nkanzi se dirigían, riendo, hacia el panel corredizo de la puerta.


FIN



próximo número:

Al abrir los ojos me di cuenta de que acababa de nacer...

EL HOMBRE QUE NACIÓ MAÑANA

LAW SPACE

precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927, Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.